

El hombre-en-sociedad en la cuentística rusa: de Pushkin a Chéjov

OSCAR URIBE VILLEGAS

O. INTRODUCCIÓN

Estas notas tratan de aprehender la imagen que la cuentística rusa presenta del hombre-en-sociedad, a partir de Pushkin, hasta llegar a Chéjov. Siguen una vía paralela a la recorrida en "La Imagen del Hombre-en-Sociedad en la Cuentística Soviética" y tratan de elevarse, así, a una visión más amplia del hombre y de la sociedad entre los escritores rusos de las épocas moderna y contemporánea. En función de las limitaciones de quien escribe, se han trabajado sólo sobre cuentos rusos que han sido vertidos al castellano y únicamente sobre algunas de las historias contenidas en una antología que, originalmente, se constituyó con base en criterios estéticos, y no con vistas a una exploración sociológica.

Los cuentos reunidos en la antología son los intitolados: "El disparo" y "El jefe de posta", "Noche de mayo", "Bela", "Mumu", "Mujiks en Petersburgo", "Un percance desagradable", "Una visita de inspección", "El Padre Sergio", "Después del baile"; "El obsesionado", "Un día terrible", "Rompientes", "El evadido de Sajalín", "Cuatro días", "Un carácter enigmático", "Un muchacho protervo", "La calumnia", "La cerilla sueca", "El malhechor", "Exageró la nota", "Una broma sin importancia", "Una corista", "Kashtanka", "Ganas de dormir" y "Una historia aburrida".

Los autores de estos cuentos son Pushkin, Gogol, Lermontov, Turgue-niev, Pisemski, Dostoyewski, Saltikov-Schedrin, Tolstoi, Liéskov, Staniu-kovich, Mamin-Sibiriak, Korolenko, Garshin y Chéjov.

De una manera burda, puede decirse que estos cuentos reflejan las cos-tumbres de los militares y el llamado "código del honor", la existencia de ciertos criterios normativos vigentes frente a otros emergentes o posi-bles; las relaciones entre las generaciones; la relación entre las autoridades

y la población gobernada; las relaciones interétnicas en la Rusia zarista; la vida de los siervos y el pisoteo de su dignidad; el desempeño estacional de un trabajo citadino por los rurícolas; el choque de la benevolencia idealista hacia las otras clases con las condiciones estructurales objetivas de la sociedad; la hipocrecía y la ineficacia administrativa del régimen zarista; la transformación de la soberbia de un aristócrata en la búsqueda religiosa de la autenticidad; los ideales y las realidades de la vida del soldado combatiente; la inhumanidad de los oficiales zaristas hermanada a su refinamiento en los salones cortesanos; la actitud de hombres de diferentes edades y posiciones, frente a la muerte; la vida de los deportados y vagabundos; las miserias de los sirgadores y su explotación por la vanguardia capitalista del Imperio Ruso; la vida de un hombre de ciencia en la Rusia de los zares; la autenticidad del sentimiento religioso y sus repercusiones sociopolíticas.

1. *En los campos y en las ciudades*

Alexandr Serguéievich Pushkin, en "El jefe de posta", presenta la imagen de un miembro de las más bajas capas administrativas de la sociedad zarista (la decimocuarta y última) "a quien su título no sirve sino para ponerlo a cubierto de los golpes".

El padre de la literatura rusa comienza por evocar el estereotipo que la sociedad zarista de su tiempo tenía de estos servidores públicos, y trata de reducirlo a sus verdaderas proporciones, haciendo su apología. En efecto, en tanto el viajero le imputa "vejaciones, zafiedad, desorden, se olvida él mismo de que, en realidad ha sido él quien le ha convertido en el chivo expiatorio de los sinsabores que durante el viaje le ha causado "un cochero tozudo" y de "el mal humor acumulado durante el tedioso trayecto", incapacitándose así para ver los aspectos positivos de los jefes de posta que revela Pushkin al decir que: "[el jefe de posta] no conoce el descanso..." y que los de su clase "son pacíficos y serviciales por naturaleza, modestos en su apetencia de honores, y no demasiado codiciosos".

Las diferencias sico-sociales entre las clases y las relaciones que se establecen entre ellas se vislumbran en el relato de Pushkin quien afirma preferir la plática de un jefe de posta (quizás en cuanto ésta se halla más próxima de la realidad, de la vida, de la experiencia humana) a las disquisiciones (probablemente estereotipadas, tediosas, llenas de lugares comunes) "de cualquier funcionario de sexta clase en comisión de servicio".

Por otra parte, la existencia de las jerarquías y el acatamiento que se les brinda en la sociedad zarista se revela cuando Pushkin, a pesar del

tono apologético de su discurso inicial, reconoce que cuando era “funcionario de poca categoría... viajaba en caballos de posta, llevaba únicamente un tronco y... los jefes de posta me trataban con poco miramiento” mientras que, por otro lado, “a un general... le entregan temblando, las últimas dos troikas que tienen... y él se va sin darles las gracias”.

Una de las manifestaciones del control social sobre esos funcionarios de ínfima categoría es el libro de quejas; “un libro fatal para inscribir en él su inútil queja”.

Pero, ya desde tiempos de Pushkin —o, al menos, si no los otros, sí él— se avistaba la necesidad, y quizás se veía de lejos la posibilidad de un cambio social, y las mentes más penetrantes llegaban a interrogarse sobre los fundamentos del orden social establecido; sobre la justificación de los mismos; sobre la cimentación alternativa que podría dársele, y sobre las consecuencias finales que podría tener esa sustitución de fundamentos.

Así, Pushkin, al recordar cómo en los banquetes del gobernador los siervos “entendidos en jerarquías” —quizás como una venganza asequible ejercida contra los más débiles de entre sus opresores— solían de dejar de servir algún plato —que quizás ellos consumían— a los funcionarios inferiores. Y, tras lamentar esas costumbres, reflexiona:

¿Qué sería de nosotros si en vez de la norma cómoda para todos, de “respetar las jerarquías”, se implantara otra, por ejemplo, la de “respetar el talento”? ¿Qué de disputas estallarían entonces!

La conclusión de Pushkin puede parecer, hoy, conservadora y aún reaccionaria; pero no lo es el espíritu que le llevó a plantearse el problema y, por su parte, la respuesta dada —inmedita, pero provisional— es sólo la propia de los cautelosos... de los precavidos. En efecto, el sociolingüista sabe, por ejemplo, que el símbolo es una arbitrariedad; pero que es inteligible —dentro de la comunidad social— precisamente por el hecho de que todos aceptan, unívocamente, la *misma* arbitrariedad; porque, aunque es arbitrario es, también, convencional. El espíritu racionalista o el justiciero suelen criticar —hoy, más que cuando escribió Pushkin— las convenciones, los convencionalismos, pues intentan sustituirlos por criterios menos burdos, más acordados con la razón y la justicia, lo cual no obsta para que, frecuentemente, arrojen al niño con el agua del baño y, al dejar a la sociedad sin convenciones que la rijan, la hundan en la anomia.

La posta no sólo le daba a su jefe da oportunidad de tener experiencias más ricas, sino también le brindaba ocasiones en las que compartir

las de otros. Como los puertos (y hoy los aeropuertos) o las terminales de ferrocarril o de autobús, la posta tenía, en el zarismo, unas características de sociabilidad distintas de los lugares por los que los transportes pasan simplemente, pero sin detenerse. Aun el más modesto puerto del mundo sabe de otras lenguas, de otras costumbres, de otra gente, y aun la posta más modesta conocía un poco más que los pueblos de tierra adentro la amplitud y la diversidad del imperio de los zares. Es así como Dunia, la hija del jefe de posta, “respondía a mis preguntas con desparpajo, como una muchacha con experiencia del mundo”.

Que esa experiencia era de signo distinto de la dada por las vivencias mismas (distinta de la experiencia vivida) en cuanto sólo era “experiencia de oídas” lo demuestra el desarrollo ulterior del relato. La posta es más abierta al mundo; pero, simultáneamente, es más vulnerable a los peligros del ancho mundo. Quienes viven en la posta llegan a atesorar riquezas espirituales, sedimento de los acarreos llevados ahí por todos los que por ella pasan, si esos habitantes de la posta se quedan en ella; pero, por otra parte, ellos también sienten la atracción, la tentación de ese mundo exterior del que les hablan, y a veces ceden a ella y abandonan la posta.

Es uno de los elementos infinitamente pequeños que contribuyen a ese gran agregado estadístico que es la migración del campo a los poblados y ciudades, un proceso que se incorpora en el cambio de una sola unidad estadística, pero que —no debe olvidarse— se realiza a través de transformaciones síquicas, sociales, de situaciones dramáticas o cómicas que afectan a seres humanos como ese jefe de posta, como esa hija suya de quienes nos habla Pushkin.

Las vidas anteriormente unidas sufren una disyunción a resultas de la acción de un extraño, y la hija sigue en Petersburgo la dinámica de otra forma de convivencia (urbana) y —sin acuerdo con otros semejantes suyos— por acciones convergentes de seres que ejercitan cada uno de por sí su libre albedrío, *pero* en un mismo marco social constriñente, llega a ser “una de muchas que hoy visten raso y terciopelo y que, mañana, si a mano viene, pasará por las calles con los descamisados de las tabernas”, en tanto el padre envejece y muere, solo, en su posta lejana.

Los traslados entre el medio aldeano y el ciudadano ocupaban un sitio importante en la dinámica de la Rusia zarista, y sus consecuencias económicas, sociales y culturales, y así como sus causas, eran grandes. Alexei Feofilaktovich Pisemski dedica a una de sus manifestaciones (el ir y venir de los trabajadores estacionales) páginas muy valiosas en sus “Mujiks en Petersburgo” (vale decir, campesinos en la ciudad),

El hecho de que los hombres de una aldea, obligados por la necesidad o movidos por el deseo y las expectativas, se trasladan periódicamente a la gran ciudad tiene unos efectos económicos y culturales que se manifiestan incluso externamente cuando se compara su aldea con otras de las que no hay mano de obra migrante hacia los grandes poblados. En las aldeas de quienes migran periódicamente, hay casas “grandes, profusamente adornadas con cornisas y un balconcito constituido sabe Dios con qué objeto... y figuras como la Fama o la Fortuna” que evidencian una cierta transculturación, un deseo de mostrar que se ha tenido éxito, y que se posee una experiencia que rebasa el mero ámbito aldeano; un anhelo de mostrar que se es alguien, y un testimonio que la vía hacia ese éxito ha sido el dinero, pues, como puede decirle cualquier informante al viajero curioso, la casa así singularizada “es de unos ricos”.

Pisemski nos lleva al origen de esa prosperidad. Casi como si fuera etnógrafo, nos describe el ciclo vital de uno de los habitantes de esas aldeas. La madre lo llevaba con el señor a solicitar el permiso de éste para que el muchacho pudiera entrar como aprendiz de artesano en Petersburgo, por cinco años, a cambio de cien rublos, un caftán y calzado. En la ciudad aprendía a costa de coscorrones, y regresaba a la aldea, sabiendo ya el oficio, para casarse. Poco después, regresaba a la capital, desde donde enviaba dinero para la temporada, para el pago de la contribución personal y para el censo, tras de lo cual regresaba a la aldea y repetía el ciclo.

El ciclo personal diseñaba, en el ámbito comunitario, otro ciclo: el aldeano. En invierno abundaban los campesinos en la aldea; en invierno, ésta se despoblaba de hombres, y las mujeres ejecutaban incluso las labores de alguacil.

Las festividades religiosas marcaban una culminación, y le daban al campesino (artesano-de-temporada en las ciudades) la oportunidad de ostentar su riqueza y sus logros, en el uso que hacía de abrigos de piel de diferentes animales, en la iglesia, durante la Epifanía.

Los lugares de destino: Moscú, Petersburgo, “pero, también Helsingfors [o Helsinki] y Odesa”. Con todo, unas influencias tenían que predominar sobre las otras, por la fuerza del número y por el prestigio de los centros influyentes, sobre ciertos aspectos de la cultura. Así, en el habla, era el dialecto moscovita el que dejaba su impronta en el distrito de Chújloma y, como es frecuente en estos casos, esto se traducía en el hipercultivo de una pronunciación que “al convertir el sonido de o en a” se convertía en chusco, “recalcado hasta grado increíble, de modo que para hablar hay que hacer muecas”.

Como dice uno de los personajes de Pisemski para el campesino-artesano-

temporalero, “el quid está en hacerse con el oficio... y también en la vida que uno lleva... Si tiene buena conducta, el amo lo necesita más que a nadie”.

Los salarios eran, por otro lado, distintos para distintos oficios; pero, la diferencia de hábitos hacía que no siempre quienes ganaban más retuvieran más: los salarios más altos eran los de los herreros, que dejaban “su semana” en la taberna; los que menos ganaban eran los sastres, los zapateros y los grabadores.

Pero, Pisemski también se percata de los resultados de la efectividad o de la ineffectividad del control social o, más aún, de su existencia o inexistencia. Es probable que en la Rusia zarista —como en muchas otras partes— el paso de la aldea a la ciudad haya representado para muchos la salida, al menos temporal, del ámbito de alcance de la vigilancia y dominio ejercidos por la propia comunidad aldeana sobre sus miembros y, después, el que éstos, en la ciudad, por desconocerlos o por no reconocerlos suficientemente, se hayan hurtado a la acción de las agencias y los agentes del control social urbano. Es esto, al menos en parte, lo que ocurre en México con los indígenas, a quienes los caminos ofrecen vías de salida hacia las grandes ciudades, que de este modo se integran en ellas, pero se integran mecánicamente y no orgánicamente a la vida urbana, negando validez a la conclusión optimista de muchos para quienes “el camino es la mejor de las vías de integración del indígena a la vida nacional”. Porque, en efecto, si es el integrador más rápido, también es el peor si antes no se ha realizado en la comunidad indígena, la labor transformadora, interna, que permitirá que el indígena conozca y reconozca los agentes y las agencias de control social urbano (antes de salir del alcance de los agentes y de las agencias de control social aldeano, campesino).

Sin embargo, en la Rusia zarista y en las ciudades, la matización parecía existir, pues ciertos grupos de obreros llevaban consigo y ejercían entre ellos la vigilancia y el dominio (o control) que ni la comunidad lejana ni el habitat urbano inmediato podían establecer, mientras que —en la contrapartida— otros obreros, aislados, quedaban librados a sus buenas o malas inclinaciones. El informante de Pisemski habla de cómo, mientras entre los pintores “todo es cuestión de amistad y todos nos conocemos, en el caso de sastres, zapateros y grabadores” como éstos “suelen estar en casas de alemanes y a un alemán sólo le importa el buen trabajo... nadie los vigila... y hacen con el dinero lo que les da la gana: mandan o no el dinero del censo; se emborrachan o no”.

En el caso concreto de los pintores, el informante revela las limitaciones, las posibilidades de la técnica, y el grado de especialización. Dice:

Pintábamos los techos y las paredes con moldes, y a veces la pintura “estórica” [es decir, histórica] también con moldes. . . sacábamos el suelo como *parquet*. . . hacíamos puertas y jambas como de marfil.

Occidentalización de los anhelos, y adaptación de la artesanía rusa a esos nuevos deseos de las clases superiores de la sociedad.

Y existían especializaciones:

Carruajes y mueblerías es distinto. El nombre es sólo uno, “pintor” pero, el entendido sabe que hay pintores y pintores, pues no todos sirven para lo mismo.

Por otro lado, la vigilancia y el dominio (el control) social se ejerce en dos sentidos, pues si bien los maestros vigilan la conducta de sus oficiales y aprendices y le ponen frenos, éstos no dejan que les traten mal y aseguran que, aun cuando sean simples operarios, comerán bien pues “si no, si ponen poca mantequilla en el pan, nos gastamos en una tabla la pintura de todo un año”.

De la aldea a la ciudad cambian las actitudes, las conductas, las jerarquías y hay otros sitios y otras instituciones en las que el individuo puede manifestarse y expresarse socialmente. En la aldea “ni figón hay” y —tácitamente— según parece decir el informante, si lo hubiera, en él la jerarquía de las edades seguiría operando como en el resto de la aldea. En cambio, en la ciudad, “cualquier mocoso, con diez kopecks, entra al figón, se sienta a la mesa como un señor, y da órdenes”.

De vuelta a la aldea, la estructura de ésta constreñirá al conformismo; pero ya no en forma tan efectiva como antes. El que regresa fanfarronea, pues tiene qué contar, y no como el aldeano que no ha salido, pues, en la aldea “todo está a la vista” y “el mocoso le tapa la boca al campesino viejo”, al tiempo que incluso quien vivía pobre en Petersburgo puede pregonar falsas riquezas que opacan la riqueza real de algún primo aldeano.

Había campesinos que salían de su aldea, iban a las ciudades, se emborrachaban, se divertían, iban a los teatros y a los bailes y regresaban sin nada. Pero, otros regresaban con dinero y con gustos nuevos, y “la casa de uno que había vivido en Petersburgo” estaba empapelada (a veces con papel de diversas calidades que iban desde el ruso corriente hasta el fino francés); tenía platos pintados y cuchillería de plata, y sillas en vez de bancos.

Quien había estado en las ciudades sabía reconocer los usos de los urbanícolas, y los cambios que se estaban produciendo en las costumbres rusas de la época (la modernización del momento): tenía samovar, una

invención reciente, por entonces; sabía que, en esa época los señores preferían los cigarros y los cigarrillos emboquillados a la pipa (aunque antes “fumar papel” o musgo se considerara marca de extrema pobreza campesina) y que ya bebían el té en vasos.

En la raíz de todo, la miseria rural: una tierra arcillosa incapaz de cultivo; la falta de bosques qué talar; la inexistencia de fábricas cercanas, y el recuerdo de la época en que ocurrió la primera salida de trabajadores temporaleros. La referencia cronológica nacional: Pedro; la referencia personal: mi abuelo. Una hermosa manera de establecer una cronología sin referencia numérica: “En tiempos de Pedro y de mi abuelo, salieron los primeros temporeros.”

Pisemski termina su relato con una nota esperanzada, satisfecha, cuando, después de ver las dificultades de estos hombres, de aldeas como éstas, privados de recursos, descubre también su ingenio para aprovechar en la mejor forma posible su energía, aun cuando sea teniendo que trasladarse a medios más favorables. Es entonces cuando dice:

Me alegré de los éxitos de aquel mujik peterburgués [nótese el choque del sustantivo “campesino” y el adjetivo “urbano”] y, en su persona, de los del hombre ruso, en general.

2. *Soldados y marinos de un imperio*

La política imperial zarista y la coyuntura internacional se reflejan en el breve relato de “Cuatro días”, hecho por Vsievodol Mijailovitch Garshin. Y es en unas vidas individuales y en su sufrimiento donde mejor se refleja la pugna entre dos imperios (el ruso y el otomano) y la presencia más discreta pero, aun así, discernible, de otro (el británico) que aprovecha, estimula o promueve sus enfrentamientos.

Se trata de Sédorov, un joven soldado ruso, un voluntario, y de su enemigo, “un turco enorme y grueso” que, al fin y al cabo, termina por no ser tal turco aunque sí sea súbdito del Imperio Otomano. Porque, en última instancia, se reconoce en éste el uniforme egipcio y, si se va a lo más profundo de su ser, se encuentra en él no al soldado profesional o al mercenario sino al que es simple producto de la leva. Alguien que antes era sólo un *fellah*, un campesino egipcio (de esos que ya en este siglo dejarían de ser soldados que fueran a morir lejos de su país por un Sultán-Califa o jefe simultáneamente civil y religioso, sino se transformarían en *fellagas* y librarían a su país del yugo imperial francés).

Como en “Mumú”, pero en un plano internacional, aquí se revela el signo característico de la servidumbre; de la falta de libertad. En último término, se ha dicho, carecer de libertad es sufrir que el propio cuerpo

sea gobernado por una mente que no es la propia. Así, ese joven campesino egipcio, súbdito del Imperio Otomano, destinado a morir en tierra extranjera, como muchos de sus compañeros, “antes de que lo embargaran con los demás, como si todos fueran sardinas en cuba, y de que los condujeran a Constantinopla [Istambul] no había oído hablar siquiera de Rusia, ni de Bulgaria. Le ordenaron que fuera, y él fue”.

Del otro lado —del del narrador— está la marcha voluntaria a la guerra movido por un ideal heroico; por la noción incompleta de que iría “a presentar *mi* pecho a las balas”; una noción insuficiente que no se completaba con la otra de que él, a su vez, tendría que matar a alguien. Del mismo lado suyo, junto a los “conscientes” (en el fondo, los intoxicados por la retórica y la música marcial que no se atreve a revelarse como lo que es, una marcha fúnebre), los que se hubieran quedado en casa si se los hubieran permitido, pero que, al igual que los conscientes “recorren miles de verstas y combaten igual o acaso mejor”.

Las referencias tópicas eran, del lado otomano: Bulgaria y Rusia... del ruso serían Rusia y Rumania: “cuando íbamos por Rumania, con marchas de cincuenta verstas, bajo un terrible calor de cuarenta grados”. Penalidades de un lado y de otro ¿para qué? “¿Dejaría yo todo lo que me era querido... pasaría yo hambre y frío; me achicharraría bajo el sol, sufro —en fin— estos tormentos sólo para que este desgraciado haya dejado de vivir?”.

Después de haber sido enfrentados el ruso y el egipcio, en defensa de los intereses de la dinastía Romanoff y de la dinastía osmanlí; después de haberse tratado de matar el uno al otro; después de que uno ha matado al otro, una especie de despertar de la conciencia del sobreviviente:

Ahí está mi vecino. Sí, es un turco, un cadáver. ¡Qué enorme! tengo delante a un hombre muerto por mí ¿Por qué lo maté?

Casi a las puertas de la muerte, el voluntario ruso reconoce que, al fin y al cabo, su heroicidad misma caerá en el anonimato; que ni siquiera se dirá “resultó muerto el soldado voluntario Ivánov” sino, simplemente, “un muerto”. Y es ahora él, quien le mató, quien trata de salvar del anonimato a su enemigo; quien reconoce que no es sólo “una baja del contrario”, un número, sino que es alguien; que es una persona como él, que es un semejante a quien ha matado.

¿Quién es? Acaso él como yo, tiene una anciana madre. Largas tardes permanecerá ella a la puerta de su pobre casa con la mirada puesta en el lejano norte, de donde debe volver su hijo amado... el que con su trabajo atendía su sustento.

Porque, al fin y al cabo, es éste el pueblo en cuyo favor declaran los estadistas todas las guerras; aquel que, frente a ellos, podrían decir, como el mexicano "No me defiendas, compadre".

Y es esa falta de capacidad para imaginar lo que hay de concreto en otra vida humana la que explica muchos crímenes. El personaje de Eça de Queiros en "El mandarín" no se habría convertido en asesino si hubiera tenido que acuchillar o estrangular al viejo mandarín. El Tentador es más sutil con él: basta con que jale de la campanilla para que el mandarín muera: el asesino (porque lo será, de todos modos) no verá espasmos, no oírá estertores, no se horrorizará con la sangre derramada. Y el personaje de Queiros podría simbolizar a todos los "estadistas" que, con un gesto elegante, envían a los jóvenes a la muerte absurda e inútil. Hay que preguntarse qué hubiera ocurrido si el presidente de una potencia que durante años autorizó el bombardeo de poblaciones enteras hubiese poseído un poco de imaginación para representarse la matanza o qué hubiera ocurrido si un dios bondadoso hubiese permitido que por cada muerto en esa guerra abominable hubiese caído una mosca en la mesa de su desayuno.

La guerra. No las fanfarrias; no las marchas triunfales; no el aplauso... El cansancio, el sufrimiento y... la visión muy concreta de "ese esqueleto vestido de uniforme de plateados botones: ¡Eso es la guerra!"

"Es un cadáver ¿nuestro o turco?... Como si no fuera lo mismo". Pero, además, del lado propio, no ya en el terreno de esas identificaciones humanas que algunos sólo encuentran en el nivel ínfimo de las situaciones-límite, sino en el plano del más profundo egoísmo, esa nota sarcástica: "Es usted hombre de suerte, joven. Vivirá. Le hemos quitado un pie; pero, eso no tiene importancia".

Y, entre los contendientes, el fantasma mayor; el más terrible: el de quienes por lucro, en todos los tiempos, han armado la ira de los pueblos y aún la han suscitado y atizado para crear en ellos la necesidad de tener armas. Los nombres cambian —no mucho, pues casi no se sale de un solo y mismo ámbito lingüístico— y su aparición es tan discreta que casi no se nota; que casi no se sabe si Garshin, en su relato, pretendía hacer una acusación o, simplemente, en forma inconsciente, revelaba un hecho.

El espanto le dominó al ver que éramos unos hombres terribles, que sin temor a su excelente fusil inglés "Martini" seguíamos avanzando. Y, después ¿No sería mejor terminar [yo mismo] antes? Al lado de mi vecino, está su fusil, de excelente fabricación inglesa.

Un relato muy breve: el de cuatro días de agonía y esperanza; pero un relato magistral que muestra a las claras cómo ayer en la Rusia zarista,

hoy en el imperio estadounidense, los gobernantes mueven unos espejos y crean unos reflejos de “patria” que sólo es patria para ellos, para que, tras el engaño, marchen sus jóvenes conciudadanos a defender unos mezuquinos intereses de clase o de grupo.

La presencia de los militares en la sociedad rusa se reitera, en diferentes formas, en la cuentística anterior a Chéjov, y es a las costumbres militares (en su mayoría negativas cuando el ejército es sólo baluarte de imperio y no órgano popular) a las que hace referencia Pushkin, en “El disparo”.

La rutina diaria era, para los oficiales del ejército zarista, conforme dice Pushkin:

por la mañana, instrucción y picadero; luego, en casa del jefe del regimiento o en la taberna de algún judío; por la noche, el ponche y las cartas.

El aburrimiento era aún mayor en las ciudades de provincia, en donde ni siquiera existía esa compensación de lo exótico brindado por las colonias internas del Imperio, o esa sensación (falsa sensación) de libertad, asequible a los vagabundos de su más remota periferia. En esas localidades no había “ni una velada de buena sociedad ni una muchacha casadera... nos reuníamos unos en casa de otros”.

La edad de esos oficiales puede calcularse por el hecho de que a un contertulio, no militar (pero que lo había sido), “de treinta y cinco años... le considerábamos ya viejo”. Y estos jóvenes, para desaburrirse, bebían, jugaban y armaban pendencia (como la de los jóvenes de “Noche de Mayo” que tampoco se sentían bien “si no habían hecho algo sonado”).

De una ocasión, en particular, dice el relator: “Bebimos como de costumbre; es decir, muchísimo”... “Jugábamos a las cartas”... “Veíamos en la bravura la cumbre de todas las virtudes humanas y la justificación de toda clase de vicios”. Otro de los personajes afirma: “en nuestros tiempos estaban de moda los escándalos, y yo era el primer juerguista del regimiento... mis compañeros me adoraban... mis jefes veían en mí un mal necesario”.

El deseo de sobresalir apunta en el relator, como ha de reiterarse más tarde en un relato de Tolstoi. Aquí, el protagonista dice: “Estoy acostumbrado a ser el primero en todo”. Eso le volvería rijoso. Sin embargo, curiosamente, al final del relato hay una nota de cierta elevación moral: una manera de marcar la propia superioridad por encima del otro, no por medios violentos, sino por vías espirituales, así éstas —en último término, en el caso— sigan siendo de dudosa calificación. En efecto, el

deseoso de afirmar su superioridad acaba por mostrar al adversario que, contra lo que podía haber pesado en su soberbia, él también podía ser víctima de la debilidad humana.

—¿Piensa Ud. disparar o no? —No, ya estoy satisfecho: he visto tu desconcierto y tu temor: te he obligado a disparar sobre mí. Eso me basta.

De paso, Pushkin nos entrega otros fragmentos de vida rusa fuera de las grandes ciudades del imperio pues “los ociosos habitantes de la ciudad no tienen idea de las muchas distracciones que llenan la vida de los habitantes de aldeas y poblados pequeños: una, la espera del día del correo” principalmente entre los oficiales que lo reciben uno de dos días de la semana en las oficinas del regimiento, donde abren sus cartas y se comunican las noticias; otra —que comparten con los personajes ingleses de Jane Austin— la llegada de un vecino rico... pues “los propietarios y su servidumbre comienzan a hablar de ello dos meses antes y siguen hablando tres años después”.

Son dos distintas las manifestaciones del valor del soldado y del marino: el soldado se enfrentó a otros seres humanos, y aún su triunfo es, en el fondo, una especie de derrota para el Hombre; una muestra de su incapacidad para convencer en vez de simplemente vencer; el marino se enfrenta a la naturaleza y aun su fracaso (el último viaje de Ulises en la Divina Comedia) tiene un aire de grandeza, de triunfo (pues “No fuimos hechos, no, como las bestias, mas para hallar virtud, conocimiento”). Tal es el caso de ese “Día terrible” que narra Konstantin Mi-jailovich Staniukovich.

El relato nos lleva a uno de los parajes más inhospitalarios del territorio ruso que, de mano de otro gran narrador visitaremos después: a Sajalín, la isla del Pacífico del Norte; la más próxima vecina del Japón desde donde según parece, en días claros, se ve éste. El protagonista: una colectividad: la tripulación del cliper de guerra Yastrel, anclado en la desierta bahía de Due.

Esa colectividad humana, unificada por su común medio de transporte, por la indispensable coexistencia, por la obligada convivencia, por la ineludible cooperación, está enmarcada socialmente por el Imperio zarista del que procede; por las regulaciones que de él emanan y en él establecen la jerarquía las funciones de sus miembros; por las conexiones, posibilidades y limitaciones que esto les impone en sus relaciones con la población de tierra.

De ahí que hayan ido a Sajalín, a Due, a “un sitio infame... un sitio de perros” en donde tienen derecho a “abastecerse gratis, de carbón

extraído por los presidiarios trasladados ahí desde los penales de Siberia"... "Un sitio infame... sin ninguna distracción en la que no en balde viven esos desgraciados".

Pero, aún en ese punto, más allá del pavoroso Norte (= de Siberia) hay algo que recuerda, que aun en esa desolación impera Rusia; que aun ahí son vigentes las formas de la vida rusa. Para los marineros del Yastrel, bajar a tierra en Due tiene un solo atractivo: ir al baño, lo que vale tanto como decir: ir al baño ruso:

Por lo menos, recordaremos a la Madre Rusia. Desde que salimos de Cronstadt no hemos visto un baño de vapor.

Y la identificación con lo propio y su ponderación se subsiguen:

Pues, sí, en el extranjero no se encuentra un baño como los nuestros. Parece como si fuera gente lista y ¡Ahí ves! —observó un marinero veterano, no sin un sentimiento de compasión hacia los extranjeros— En ningún sito se encuentran: todos son así de pequeños, que no puedes ni moverte... no puedes ni enjabonarte a gusto.

El contraste se marcará, saltando por encima de esa gran divisoria de las aguas que es la Revolución de 1917, con la crítica que un soviético de nuestros días hará de los baños actuales, comparándolos desfavorablemente con los extranjeros. Es como si, antes, en medio de la servidumbre y la opresión, un elemento material brillara como estrella refulgente, en medio de un cielo tenebroso; como si, ahora, en medio de la liberación y el entusiasmo constructor (pues todo esto hay o ha habido en la Unión Soviética a pesar de las caricaturas de la propaganda) un elemento material pudiera verse como una mancha que desluciera el resto.

La distancia —por otra parte— ha sido, siempre —de éste y del otro lado— la gran creadora de espejismos, y aún no se sabe —pero hay que plantearlo con espíritu experimental sociológico— si después de sopesar los bienes y los males de las sociedades de Occidente en las que han buscado refugio muchos huidos del mundo socialista, no regresarían a él en caso de tener la seguridad de que no sufrirían represalias (o castigos) por su fuga. Así, en el Yastrel, "el teniente Snitkin... se deshacía en elogios acerca de San Francisco... y con desmesurado entusiasmo propio de marinos, ensalzaba la belleza y los encantos de las americanas", en tanto sus compañeros, con una experiencia previa sobre el valor de sus ditirambos comentaban con desencanto: "También nos elogiaba a las malayas y...". La defensa, en todo caso, está en el "punto de vista", en las circunstancias pues "en su género no están mal... y todo depende

de las circunstancias en que el infortunado marino pueda encontrarse”.

En medio del mar se evidencian siempre las jerarquías y, en medio del peligro, por encima o por debajo de ellas, los hombres. Por encima del yo social o del papel, el yo profundo, personal: temperamento y carácter unidos.

El capitán, el primer oficial, el contra maestre, el piloto, el jefe de cuarto, el doctor, los jefes de artillería y de máquinas, los marineros, y, entre ellos: los jóvenes y los viejos; los solteros y los casados; los noveles y los veteranos; los cobardes y los valientes; los ambiciosos, los religiosos, todos. El contra maestre, que había aprendido a golpes, pero que nunca golpeaba; que maldecía pero era “un hombre como Dios manda”. El piloto, cauteloso, respetuoso, conocedor del mar, capaz de prever y de prevenir a un capitán más joven contra el peligro inminente, pero también de plegarse a sus órdenes; un capitán bisoño, en los primeros años de su mando, poco deseoso de escuchar consejos, pero suficientemente sensato para reconocer su responsabilidad y su error, y subsanar el uno para cumplir con la otra:

Estaba usted en lo cierto, Lavrent Ivanovich, y lamento no haberle hecho caso, y no haber levado anclas hoy al amanecer —dijo el capitán en voz suficientemente alta para que lo oyeran Chukov y el primer oficial.

Cuando el peligro se presenta, un joven campesino recién embarcado, llevado de algo que en esos momentos es terror pero también es fascinación: la terrible fascinación del mar que en el climax parece más seguro que la misma nave a la que azota, como los personajes de Pompeya que “por temor a la muerte, invocaban a la muerte misma”, se arroja a las aguas turbulentas.

Y la acción de uno —como en la histeria ártica— tiende a suscitar imitadores, y los tendría a no haber quién se los impidiera; a no existir los serenos de por sí, y los que durante toda una vida han sido preparados para esa eventualidad, por una larga tradición.

Algunos marineros viejos, respetuosos de la tradición, descendieron de la cubierta para mudarse y recibir la muerte con ropa limpia. Se acercaban a la gran imagen de San Nicolás... y subían de nuevo, para morir delante de todos.

Tal vez si Durkheim o, mejor aún, Halbwachs hubiesen leído ese “delante de todos” cuando trataban del suicidio, hubieran descubierto el uno y refrendado el otro sus teorías sobre la diferencia entre el suicidio y el

sacrificio ritual y —por encima de ello— la importancia sociológica de la calificación distinta que de actos aparentemente iguales hace la sociedad hubiese sido puesta nuevamente de manifiesto.

La fuerza de lo social histórico pero aún vigente (la tradición) y de la moral social presente (disciplina) se evidencian en esas condiciones críticas, en las que el hombre solo —dejado a sí mismo— inerme, cedería a su debilidad pues:

A pesar del horror del momento, entre la tripulación no se advertía el pánico que de ordinario se apodera de los hombres en situaciones semejantes. El hábito de subordinarse a la severa disciplina de a bordo [el temor a la sociedad supera a veces el mismo temor a los elementos naturales], la presencia en el puente del capitán, del primer oficial, del jefe de cuarto y del piloto jefe que seguían en sus puestos como si el clíper no avanzara hacia una muerte segura, frenaba a los marineros, y éstos apartaban la vista del mar para fijarla en el capitán.

En tanto, el sacerdote, tan impotente, tan asustado como el resto de la tripulación “al parecer sin comprender él mismo el sentido de sus palabras, rezaba para la marinería”.

Y aun lejos de la Rusia europea y de sus hogares, en una peligrosa bahía azotada por el vendaval, la referencia seguía siendo a “los suyos”, a quienes habían quedado en Cronstadt; a esas familias por las que tanto el doctor como el jefe de artillería se sacrificaban, casi sin bajar a tierra para no gastar; para poder llevar algo a casa. Ellos, hombres de edad, al advertir el peligro, corrían a sus camarotes para recoger su dinero y objetos valiosos, como si éstos fueran más valiosos que sus vidas (supremo absurdo al que conducen las sociedades materialistas de todos los tiempos); como si ellos pudiesen valer algo sin sus vidas, unidades que dan valor a todos los ceros subsiguientes.

Cuando finalmente el clíper se salva gracias a la audacia y pericia de su capitán y el valor y esfuerzo de su marinería, se abre la interrogante de si las grandes crisis no estarán destinadas a revelar lo más oculto del alma humana (la heroicidad última del cotidiano inútil de “Puerta de lilas”; el sacerdocio del combatiente y la belicosidad del sacerdote en “El discípulo del diablo” de Shaw); aquello que lo cotidiano impide que se manifieste pero que es, justamente, en los subterráneos de la cotidianidad social donde se forma, como es intrahistóricamente, en todas estas historias donde se está gestando, en la sociedad rusa, aun zarista, la gesta de 1917.

3. *La periferia de la sociedad imperial*

Más allá de las ciudades rusas; más allá de Rusia propiamente dicha; en territorios de conquista reciente, el ruso precisa sus perfiles nacionales, sico-sociales, en su contacto y confrontación con otros pueblos. Surgen de ahí los estereotipos; pero, también se producen, tras los choques y las fricciones, los acomodamientos, las transculturaciones, las asimilaciones, las posibilidades de coexistir y de convivir que no desembocarán en manifestaciones extremas, masivas, de matrimonios mixtos entre nacionalidad o etnias distintas sino hasta la época soviética, empeñada en borrar distinciones discriminadoras, en tolerar —al menos— las diferencias, en busca de fundirlas algún día en un amplio crisol, pero sin forzar demasiado las cosas, so pena de un fracaso que se ha recogido ya en otras latitudes en donde el contrato nunca se edificó sobre un previo contexto, sino se quiso que substituyera a ese consenso.

Es Mijail Yurevitch Lermontov quien, en “Bela”, introduce los temas exóticos; Tiflis (o Tbilisi), en Georgia (o Grusia), los osetios, la montaña de Koishaursk, el Cáucaso, los circasianos...

Para el etnógrafo, la Unión Soviética de hoy, la Rusia zarista de ayer tiene que ser una enorme tentación, y apenas resulta explicable que, en una visita al actual Leningrado —por ejemplo— haya quien, puesto en la disyuntiva (pues, sin ello, claro que habría que tomar ambas cosas) prefiera admirar las maravillas de L’Ermitage (y, a veces, sólo o principalmente sus impresionistas) a recorrer, con pasmo, las colecciones no menos ricas, no menos valiosas, no menos portentosas —aunque sus autores sean anónimos y se subsuman en la denominación de “pueblo”— del Museo de los Pueblos de la Unión Soviética que, como especial deferencia (sin presentación oficial alguna), nos permitió ver, en minutos breves, previos al cierre del museo, cuando percibió en nosotros el auténtico deseo de conocer y apreciar las realizaciones del pueblo soviético.

Para ese etnógrafo, una de las referencias privilegiadas tiene que serlo, en el relato de Lermontov, lo que alude a los osetios. Para el sociólogo, por otra parte, esas alusiones tienen que ser de interés pues se trata de la imagen que del osetio tiene el ruso: vale decir, de un estereotipo naciente que las condiciones histórico-sociales de los contactos (el previo a la revolución bolchevique, el posterior a ella) habrían de confirmar o de someter a revisión.

Cocheros osetios, arrieros osetios; unos que cantaban a pleno pulmón; otros que “casi se limitaban a gritar” más que a ayudar a sus bueyes, y que según algunos, por este medio los frenaban: “Puede usted uncir una veintena de bueyes; mientras estos griten, no se moverán”. Se moverán cuando ellos quieran pues “les gusta sacar dinero a los viajeros”.

Al sociolingüista le interesan algunos apuntamientos sobre estos primeros y superficiales contactos de civilizaciones y de lenguas: “Ni siquiera saben como se dice pan en ruso” (lo cual marca una diferencia en los niveles de miseria, con respecto a otros pueblos sojuzgados durante el zarismo, según nos lo mostrará más tarde Mamin-Sibiriak) “y ya han aprendido a exclamar: “¡Oficial, deme una propina!” En efecto, “los osetios me rodearon en tumulto, reclamando una propina para vodka; pero el capitán les dirigió unas palabras con tal tono de amenaza, que al instante pusieron pies en polvorosa”.

Pero, no sólo hay una estratificación real de los pueblos sojuzgados por un imperio; también existe una jerarquización valorativa hecha por el pueblo sojuzgante. Las valoraciones que en ella se ordenan, proceden, a veces de la observación de condiciones objetivas, en veces de apreciaciones parciales, y —en medida considerable— son el resultado de las consonancias o disonancias de temperamento y de carácter entre juzgador y juzgado (consonancias y disonancias como las que hacen que un virtuoso de determinado temperamento sea más capaz de interpretar las obras de un autor de temperamento afín que de otro con cuyo temperamento desafina). Con la mayor frecuencia reputamos bueno lo que se nos parece; malo lo que difiere de nosotros y, de este modo, los estereotipos dicen tanto o más del juzgador que del juzgado, pues son a manera de unas pruebas como las “proyectivas” de los psicólogos.

Para el relator de Lermontov, los georgianos estarían por debajo de los kabardinos y chechenes. Estos, “en Chechén... en Kameni Brod ¡Cómo nos fastidiaban, los matachines!... Algún diablo peludo acechándote... Pero ¡eran unos valientes!” Frente a ellos, que “aunque bandidos y descamisados son valientes y vehementes”, los georgianos son “gente estúpida, que no sabe hacer nada; incapaz de la menor instrucción, que no sienten inclinación ni por las armas” y de quienes el relator y su compañero de viaje encuentran, en efecto, a algunos, “todos harapientos”.

Los estereotipos son generalmente clasificatorios y esto tiene consecuencias incalculables. Para el ruso que acababa de conquistar esas regiones para el zarismo, los osetios son asiáticos y, si los osetios son incultos y toscos, a su parecer, nada le cuesta decir —sin percatarse del abuso de los términos y de la silogística— “estos ‘asiáticos’ (incultos, toscos) son unas bestias”.

Aun en las peores condiciones de contacto, el otro atemoriza o repele, pero también atrae, precisamente por su alteridad. La curiosidad malsana por ver cómo vive el vecino para criticarlo es la misma que encauzada hacia mejores rumbos, estimula al etnógrafo a recoger los rasgos de vida de otros pueblos y le lleva a tratar de comprenderlos y a reducir los su-

yos a un común denominador *humano*. Así, el viajero (más aún, el oficial ruso, destacado en el Cáucaso) tiene en torno “un pueblo salvaje, interesante”, con y del que “tendría de qué hablar”, pero con quien no puede hablar por la diferencia de idioma; del que no puede hablar porque no hay con quién; porque está en un lugar apartado, donde “nadie le da los Buenos Días”.

Ahí, donde se pasa a veces un año entero sin ver a “nadie” (los otros, así hablen otra lengua, practiquen otra religión, tengan otras costumbres, estén regidos por otras formas de gobierno ¿pueden y deben ser “nadie” para un ser humano?). “Entonces, si a eso añades vodka, eres hombre perdido”.

Las relaciones entre los rusos y la población nativa no solían ser de conflicto. El oficial ruso destacado en el Cáucaso podía decir de algunos jefes nativos que eran “principes amigos” y de uno de los circasianos que “aunque bandido, era mi *kunak* (amigo)” tal y como Korolenko afirmará de Siberia que ella “enseña a ver al hombre incluso en el asesino, y aunque un conocimiento más circunstanciado no permite idealizar demasiado... ese conocimiento ayuda a comprender los complejos motivos de las acciones humanas” ¡Espléndido humanismo inculcado más que por la sociedad por su cuasi-negación, la desolación!

Y los oficiales de destacamento en el Cáucaso recibían de sus amigos del otro lado de la barrera étnica invitaciones a sus fiestas ya que “los asiáticos tienen la costumbre de invitar a la boda a todo el mundo”.

Dentro de esas relaciones incluso solía surgir el aprecio mutuo y aun la superior valoración del extraño. Así, una joven circasiana dirá en el relato que “el joven oficial ruso es más esbelto que nuestros *cigat* (jinetes)” lo que no le impide reconocer que “aunque entre ellos sea como un álamo, no podrá crecer ni florecer en nuestro jardín”. Aquí, el destino no es ni el hombre, ni la mujer, ni el pueblo, sino el mundo de cultura: “el Oriente”, Asia.

Pero, ni todos los miembros de estas etnias eran favorables a los rusos, ni todos sus encuentros con ellos eran amistosos: de algunos circasianos no se sabía si eran amigos o enemigos, pero se sospechaba de ellos que eran bandidos que “gustaban largarse más allá de Kuban, a mezclarse con los *abrek* (primero, “guerrilleros”; después, “bandidos”), y los rusos sabían que, en las fiestas mismas, había que cuidarse de todos, pues “así que la *buzá* empieza a subírseles, salen a relucir los cuchillos”... o bien que, en esas fiestas “se hinchan de *buzá* y comienza la degollina”.

Después, la valoración de los bienes de la vida. Para el oficial ruso, que “tenía mejor concepto de las circasianas... las mujeres, que se escondían al vernos, no eran hermosas”. Pero, Bela, la hija del príncipe,

era otra cosa, pues “ni el padichá turco ha tenido nunca una mujer semejante” y “¡Cómo danzaba! Yo había visto bailar a nuestras señoritas rusas. Pero, ¡esto era otra cosa!”. Aun así, por encima de tal mujer, un circasiano como Kazbich valora su corcel extraordinario. El joven hermano de Bela —hijo también de un pueblo apasionado por los caballos— coincide con Kazbich en la ponderación del mismo, que gustosamente cambiaría por ciento cincuenta yeguas (si las tuviera) . . . por su hermana misma (a la que estaría dispuesto a secuestrar). Un caballo sin par al que Kazbich, en último término, no cambiaría voluntariamente ni por unas ni por otra pues, como él dice:

“Muchas son las hermosas . . . con oro, compras a cuatro mujeres . . . El brioso corcel no tiene precio. Ni del torbellino en la estepa queda rezagado . . . ni traiciona, ni engaña”.

Los hombres del Cáucaso o los del Asia Central, durante siglos, supieron del valor inestimable de un buen caballo. La mujer aseguraba su placer; el caballo garantizaba su libertad e incluso su vida. De ahí esa loa al caballo de Kazbich:

“ . . . se lo envidiaban todos los jinetes . . . Negro, piernas elásticas como resorte; fuerte, bien desbravado, seguía a su amo como un perro. ¡Hasta conocía su voz! Kazbich nunca lo ataba ¡Auténtico caballo de bandido!”

En las relaciones interétnicas, esto tenía su significado: Kazbich era un *cigit* valiente, mientras que el príncipe temía a los rusos. Kazbich pasaba al otro lado del Terek, con los montañeses, a capturar caballos rusos y, gracias a su caballo, resultaba indemne de las persecuciones.

En ese campo de relaciones humanas, el personaje principal es el ruso Pechorin que, en las grandes ciudades rusas vueltas ya hacia “Occidente” (Europa occidental) aprendió el arte de aburrirse (“¿Han sido los franceses quienes introdujeron esa moda . . . ? No, los ingleses, que siempre han sido unos borrachos empedernidos”). El es quien, sin un profundo afecto por ella, acaba por robar a la circasiana, con la complicidad del hermano de ésta, a quien, a cambio, como *kalim* (como rescate) entrega el caballo maravilloso de Kazbich: *Karagioz*.

Vladimir Galaktionovich Korolenko nos conduce al límite extremo del Imperio Ruso por el oriente: a Sajalín, la isla terrible, la isla-presidio; grande, pero desolada, en donde “te mueres de hambre dondequiera que vayas” pues “ni el ghiliak, con ser de estos parajes, puede vivir en

toda Sajalín". La distancia entre la isla y los centros cordiales de la vida rusa se mide por expresiones como ésta:

"Toda la vida he querido huir de Siberia y llegar a Rusia, y ahora daría cualquier cosa para poder morir por lo menos en tierra siberiana y no en esta isla maldita".

Y, en la contrapartida, la unidad del Imperio se manifiesta incluso en esa época por el hecho de que ciertos acontecimientos extraordinarios que se produjeron en la isla fueron conocidos rápidamente en tierra firme, pues "se enteraron muy lejos, no sólo en Irkustk [casi a orillas del Lago Baikal, donde los rusos, en su expansión encontraron la primera auténtica resistencia de los buriat], sino en Rusia".

Siberia misma es ya para el ruso algo lejano, extraño: "Está muy lejos... nuestro país: Rusia. Aquí, las cosas son distintas de las nuestras". Lo son los caballos, pues "el caballo yakut no es fuerte, pero es extraordinariamente sobrio"; lo es la manera de montarlo, pues mientras los jinetes tártaros "inclinan el cuerpo hacia atrás casi hasta el lomo del caballo y agitan brazos y piernas mientras lanzan gritos estertoreos", el que galopaba "a lo ruso", "se apretaba contra el cuello del animal, y sólo de vez en cuando emitía breves silbidos como trallazos". Y, no sólo la monta, sino las otras costumbres son distintas: los poblados y la forma de poblamientos, los hábitos alimenticios, las normas de comportamiento:

"Los de-aquí viven en el bosque: comen carne de caballo; carne cruda, y aprovechan hasta la carroña". "Tampoco saben lo que es vergüenza: todos alargan la mano delante de todos, pidiendo tabaco".

La forma de poblamiento también es distinta: "Los yakuts viven en los *naslegs* como las fieras en los bosques, separados...". Pero, es la suya un modo de adaptación al medio, y dentro de la yurta, la sociedad impone normas que aseguran la supervivencia de todos. Mientras se apagan las luces del breve día septentrional, y el silencio y las tinieblas dejan paso libre a la angustia, se recurre "al remedio salvador: el dios de la yurta, el poderoso fuego" que nunca se apaga en la vivienda yakuta, ya que "el primero en despertarse a causa del frío que penetra en la yurta añade al hogar nuevos tueros".

En ese medio, físicamente hostil, las relaciones interétnicas no suelen serlo: "Los yakuts tienen buen corazón, y muchos ayudan a los desterrados [rusos y tártaros] recién llegados", y la transculturación —proceso de doble sentido conforme apuntó Gillin, apoyándolo en una caricatura en la que las esposas del africanista regresa al campamento llevando un hue-

so en su peinado, como si fuera africana— se realiza entre los participantes, pues aún el ruso adopta a veces el traje yakut, mitad por adaptación al medio, mitad por el deseo de no ser tenido por extranjero (o quizás, por identificación parcial con el otro grupo).

En medio del *nasleg*, algunos deportados se establecían, prefiriendo el trabajo al bandidaje, e incluso a pesar de que se había prohibido el casarlos, ellos mismos, mediante dádivas, llegaban a hacer que se les casara. Con eso manifestaban algunos, de algún modo, su acatamiento a ciertas normas sociales, su empeño de no salir totalmente —aún dentro de su marginación— de cierto orden social.

No sólo los deportados sino también los funcionarios del imperio —un guardián de una cárcel, por ejemplo— vivían en Siberia un poco como desterrados, añorando la vieja patria lejana: “Si Dios permite que salgáis de aquí, quizá alguno llegue a Tobolsk. Que ponga un cirio en la catedral de mi patrón... A veces también me acuerdo de mi tierra”.

Sociedad a medias, ésa: más de la mitad, ajena (como que casi la mitad de los habitantes de un poblado eran deportados tártaros), en ella hasta los nombres pierden un poco su función social: el nombre, el patronímico, el apellido rusos ¿para qué? “Le llamábamos Burán, nada más. Probablemente él mismo se había olvidado de su nombre, pues un vagabundo no lo necesita para nada”. Y, en Sajalín, si el ruso oye que a un ghiliak le llaman Orkuñ, se pregunta “¿Es un nombre? Vaya usted a saber. Es probable que así llamen ellos a su cabecilla”.

Pero, aun entre vagabundos y deportados, lo social tiende a reproducirse. Es la vieja observación de que incluso dentro de los grupos de bandoleros, hay normas y jerarquía, y autoridad y sanciones. Ir en un cargamento de deportados en un barco que abandona el Estrecho de la Perouse con rumbo a Due es el confinamiento vigilado por la sociedad de fuera; es la falta de intimidad ya que la vida se desarrolla, toda, a la vista de los guardias; es la imposibilidad de decidir y colaborar en la propia salvación en un momento de peligro; es la amenaza de morir como cucaracha, quemado por el vapor, en caso de motín a bordo; pero es —también— pertenecer a la sociedad más cerrada, más estricta, más implacable: la de los deportados mismos que “ejecutaba a sus condenados”; que obraba gracias al “núcleo más influyente y compacto”; que sellaba los labios de sus miembros “por el terror” aún en casos en que éstos no los cerraban por sí mismos por la camaradería.

Entre los deportados —producto de la persecución política— había juristas que estudiaban los casos de sanción posible por la sociedad externa y que predecían —casi sin fallar— cuál podría ser esta.

En Sajalín, la sociedad relaja su vigilancia delegándola en la naturale-

za pues “de aquí no huyes aunque no te vigilen”; pero, el dominio de la sociedad interna de los deportados sigue siendo efectivo sobre sus miembros, como sigue siéndolo su solidaridad. Cuando quien podría servir de guía a una partida de fugitivos justifica con su vejez su desinclinación a guiarlos, le dicen:

El que te hayas gastado, es cosa tuya. Si te mueres por el camino y no llegas, nadie te reprochará nada. Pero, cuando once personas están amenazadas por el látigo, tienes obligación de partir. Si digo una palabra a los deportados, ¿qué va a ser de tí?

La solidaridad también sigue viviente pues “todo preso ve con simpatía al audaz que intenta escapar y ganar la libertad” de modo que entre los prisioneros “el que tenía una casaca sobrante la cedió para los huidos” pues “a los ghiliak hay que darles una por persona, si queremos barca”.

En un momento de posible conflicto con los nativos ghiliak, se producen las ineludibles comparaciones interétnicas: “¿cuándo un ghiliak puede compararse en fuerza con un ruso: el ruso es hombre de pan; el ghiliak sólo come pescado”. Pero, de otro lado, hay cualidades que se reconocen en el otro: “los ghiliak son como brujos. Los pájaros les llevan las noticias atadas a la cola. Ocurra lo que ocurra, se enteran al instante”. De otro lado, los aborígenes buscan su propio interés y no interfieren con el de los demás pues “al ghiliak le interesaba ver la calidad de las casacas” y se desolidarizaba de los impulsos punitivos de la sociedad imperante rusa: “a los ghiliak y a los goldos no los temáis”.

Para quien, desde la comodidad de su hogar pondera la supuesta libertad del vagabundo (destino último del deportado huido y no apresado) es reveladora la queja del personaje de Korolenko:

!Qué cruel es la angustia que consume al vagabundo!... La noche es oscura; la taigá solitaria... La lluvia te empapa; el viento te seca, y no hay en el mundo rincón que te sea entrañable y donde tengas un albergue. Siempre te sientes atraído hacia tu tierra, y allí hasta los perros saben que eres vagabundo. En tu tierra tampoco estás en libertad mucho tiempo: te espera la cárcel. Pero, a veces, hasta la cárcel se recuerda como un paraíso!

Dentro de los límites de un imperio —sea el que fuere— tanto más ineficaz en cuanto más grande, las normas impuestas por la fuerza más que por el convencimiento y el acatamiento voluntario son poco efectivas, y tienden a infringirlas tanto las etnias sojuzgadas como los marginales de la propia sociedad dominadora. Los infractores no logran

trastocar el orden establecido porque mientras sus acciones son divergentes la del centro de poder actúa siempre en un solo y mismo sentido; es obsesiva, sin desfallecimiento, la dominación.

Ahmed, un tártaro (“Claro que soy un bribón; pero, ahí está el chiste, en ser un bribón cuco”) y Vanka, el ruso, obran de acuerdo con ese patrón y acordados entre sí:

“Hemos venido a buscar papeles. Vamos a las minas de oro. Llevamos vodka. Aunque es comercio prohibido, rodeado de peligros (balas de cosacos, cuchillos de otras partidas, trabajos forzados para el que cae preso, dificultades de la región), el tráfico resulta más lucrativo que el trabajo en las propias minas”.

En el fondo, una forma de acallar la angustia; de retar a la sociedad; es buscar la muerte: “una vida joven, colmada de energía y de fuerza, vehementemente tendida hacia la libertad... ¿Hacia donde? ¿Qué será aquello: la llamita entrañable del hogar abandonado hace mucho, o el fuego fatuo de una tumba que espera en la oscuridad?”

4. *La servidumbre*

El relato de Ivan Serguéievich Turguéniev sobre “Mumu” muestra la forma en que el régimen de servidumbre de la Rusia zarista llegaba hasta la abyección de negar a una parte de la sociedad (los siervos) el derecho de desarrollar nobles y delicados sentimientos.

Para marcar los contrastes psicológicos y sociales, Turguéniev eligió como personaje a Guerasim, un aldeano alto, hercúleo, sordomudo de nacimiento, recio y desvalido ejemplar humano; fuerte y tierna vegetación de la tierra rusa. Naturalmente recio —como estupendamente dotado en lo físico— y socialmente desvalido —en cuanto nacido en un régimen de opresión— tiene por contrapartida social a una vieja esmirriada, su ama, tan débil como poderosa gracias a los medios que pone en sus manos la sociedad zarista.

Vieja, viuda, rica, mezquina, sola, aburrida; abandonada de hijos que desempeñaban cargos oficiales; rodeada de siervos dispuestos a satisfacer su tornadiza voluntad. Un punto del espacio social en el que, por una dinámica absurda, se concentraba un conjunto de energías sociales capaces de determinar (y de frustrar) el destino... las vidas de muchas personas... y de ponerlas —con pérdidas humanas evidentes— al servicio de un capricho, desviándolas de su propio logro, y de su realización fructífera en beneficio de los demás.

Ella, en la ciudad; sus siervos, en la aldea... Tal y como un dios in-

visible y todopoderoso y unas criaturas carentes de voluntad, a quienes esa voluntad desconocida e incomprensible mueve sin pedir permiso; sin consultar jamás. A Guerasim, que era un campesino magnífico, pero que no era libre sino siervo, así, por voluntad de esa vieja, un día lo arrancaron de la tierra,

“le llevaron a Moscú, le compraron botas altas, le dieron un caftán para el verano y una zamarra larga de piel de oveja para el invierno, le pusieron en la mano una escoba y una pala, y lo nombraron guardián”.

Le habían arrancado de las rudas labores campesinas que, si bien le cansaban más que sus nuevas tareas —casi un juego— también le daban sentido a su vida. De ahí que, a partir de entonces,

“se quedaba mirando a todos, con la boca abierta, como si esperara que le aclarasen el enigma de su situación”.

Parecería que la mudez de Guerásim lo hubiera destinado a una soledad mayor que la de su señora; pero Turguéniev revela, en un solo apunte, que esto no era así. En efecto, si los demás criados le temían (por su fuerza hercúlea y por un mutismo que los alejaba de ellos), y si bien él no mantenía con ellos relaciones especialmente amistosas, “él los consideraba de los suyos”.

En el ambiente servil, las elecciones resultantes de las afinidades humanas (“afinidades electivas” las llamó Goethe) son imposibles. La misma voluntad omnívota y caprichosa que se empeña en convertir a un siervo de rúrico en urbanícola; de cultivador en guardián, se interpone entre él y su elegida; bloquea su deseo; contraría su sentimiento; decide en contra suya y de la mujer que ama, con quien sí y con quien no se han de casar sus siervos. Poco importa que ese matrimonio ni lo deseen ni es probable que les aproveche; poco importa que a una sierva tímida se le case con un borrachín destemplado al que, con ánimo “materialista” trata la señora de volver por buen camino.

Aun cuando aquí obre a la inversa, se repite la hazaña que dañó a Guerásim, y de Kapiton Klimov, “borracho empedernido que se consideraba a sí mismo postergado hombre de ciudad e instruido que no debería vivir en un apartado rincón de Moscú sin ocupaciones importantes” se hace un aldeano: se le envía con su nueva esposa a la aldea, en donde su inutilidad y su frustración, previsiblemente, se duplicarán.

El último reducto parece serlo el sentimiento. Cuando no se puede crear, lograr, actuar, queda aún —se piensa— la posibilidad de sentir.

Sentir afecto, si no hacia un ser humano puesto que en el régimen de servidumbre los humanos están fijados, sustraídos a los efectos de las fuerzas de atracción y de repulsión mutuas, al menos afecto hacia otros seres, que no estén fechados, fijados, destinados, adscritos o sujetos a unas inescrutables leyes de movimiento (como nosotros mismos) y a los que, por ello, no podamos encontrar jamás. Sentir afecto hacia algo que no caiga dentro de los límites avasalladores de una sociedad que —al través del capricho de los poderosos— niega la libertad.

Para Guerásim la solución es un perro. Un pequeño can hacia el que canalizar su necesidad de compañía, de afecto; su natural instinto de protector. Pero, no hay nada peor que el imperialismo estructural de una sociedad que niega, en su principio, en su base, la libertad. El despotismo de tal sociedad es insaciable y, angustiada por su propia debilidad interna, no admite reducto que se le sustraiga pues, de continuo, tiene que estarse demostrando a sí misma que “es la que más puede”. El imperio, una vez ejercido —especialmente si quien lo ejerce es débil y mezquino— busca perfeccionarse, porque la menor flaqueza le perdería. Aquí, la flaqueza se podría llamar “Mumu”:

“La señora vio al animal... en el arriete del centro, bajo el rosal, royendo cuidadosamente un hueso... ¡Dios mío! ¿qué perro es este?”

Primero, el asombro; después, el interés; luego, el terror; más tarde, la irritación.

“¿Qué perro es ese que se ha pasado la noche ladrando en nuestro patio? No me ha dejado dormir... ¡Que hoy mismo desaparezca de aquí!”

Los sentimientos delicados y su manifestación son privilegios que en el régimen servil están negados a los siervos, así se refieran a una perrita como Mumú. Pero, por el otro lado, socialmente, esos mismos buenos sentimientos que el siervo no puede manifestar si no conviene o place a su señor, son los mismos que —en el contragolpe estructural— el señor no puede cultivar ni hacer surgir de sí, marcando así —aunque ni se lo proponga ni quizás se percate de ello— su propia humanidad.

“Guerásim... ató a un extremo de la cuerda los ladrillos, hizo un lazo, lo puso al cuello de Mamú... levantó al animal sobre el río...”.

Después, volvió a la isba, y a los prados, mientras la señora pedía le buscaran y aún pensaba en ordenar su regreso a Moscú, hasta que llegó

al convencimiento —común en todos los dominadores que se creen déspotas ilustrados, que hacen a sus dominados “el bien a fuerza”— de que estaba malgastando sus “buenos sentimientos” en beneficiar a su siervo pues —conforme a designación también frecuente de quienes les están sometidos— declaró que “no necesitaba para nada a persona tan *desagrada-decida*”.

5. La “buena sociedad”

Lev Nikolaievich Tolstoi parece iniciar su relato intitulado “Después del baile” casi en esos insípidos términos doctorales con los que habitualmente se enuncia una hipótesis por probar:

“Ustedes sostienen que todo es resultado del ambiente, y que el ambiente nos absorbe. Pues yo creo que todo depende de hechos fortuitos”.

Pero, el hecho fortuito al que se refiere en el relámpago es, dramáticamente, el relámpago que rasga la oscuridad y que así le revela la simulación que hay tras los supuestos refinamientos de la “buena” o “alta sociedad” zarista: la auténtica falta de sentido humanitario de sus miembros y de sus estructuras.

Durante el baile del último día de carnaval en casa del mariscal, con música ejecutada por los siervos de los terratenientes, el personaje narra su enamoramiento de una joven, hija de un militar de alta graduación, “apuesto, fuerte a pesar de sus años, . . . de cara sonrosada, con bigotes a la Nicolás I. . . jefe de viejo cuño, formado en la escuela militar del emperador Nicolás” quien esa noche había bailado gallardamente con la joven.

Después del baile —varias horas después— en la calle, dice cómo “cuando todavía el alma me cantaba de alegría y, de vez en vez creía oír los compases de la mazurca . . . llegó hasta mis oídos otra música muy distinta, dura e ingrata” y pudo distinguir la negra silueta de muchos hombres: azotaban a un tártaro, por desertor, y quienes lo azotaban eran guiados por el viejo militar:

“¡Hermanos, compasión! —gemía el tártaro. Pero los hermanos no tenían compasión. . . De pronto, el coronel se detuvo, y se abalanzó contra un soldado. Su fuerte mano enguantada. . . le asestó un golpe brutal en el rostro, por no haber dejado caer con bastante fuerza el palo sobre la espalda del tártaro. . . ¡Que traigan vergajos nuevos!”

Frente a esa situación indignante, el joven Tolstoi —todavía a medias dentro del sistema, como todos los jóvenes de todos los tiempos que, ya

adultos tienen que optar por salir de él o reintegrársele por completo— piensa que, a pesar de la evidencia, de la sublevante injusticia, el coronel no puede estar equivocado:

“Es indudable que él sabe algo que yo desconozco... Si yo supiera lo que él sabe, habría comprendido lo que he visto, y no me torturaría. Pero, por más que pensé, no fui capaz de comprender lo que el coronel sabía”.

La reacción suya, en el relato y en la vida, es conocida. En el relato, lentamente se va desamorando de la hija de ese brutal padre y se vuelve un “bueno para nada” según su expresión. En la vida, se trata de la vida toda del Conde Leon Tolstoi, cristiano de hondura excepcional, liberador de sus siervos, socialista utópico, hombre cabal.

Pero, aun esas reacciones aparentemente sentimentales y no racionales; idiosincráticas y no ideológicas; individualistas y no colectivas; de raíz aristocrática (en el mejor de los sentidos, en el espiritual) y no populista contribuirían a que se abrieran las puertas a los cambios: cambios unas veces buenos; otras, malos. Malos porque, entre 1840 y 1850, “Yo estudiaba en una Universidad de provincias, y en aquellos tiempos sólo bebíamos champaña, y si no teníamos dinero, no bebíamos nada, pero nunca tomábamos vodka, como ahora”. Buenos porque —contra lo que pueda pensar hoy cualquier buen burgués que aplaudiría ese viejo tiempo— los jóvenes de antes se limitaban a “divertirse sanamente” pues:

“ni organizábamos círculos, ni nos preocupábamos de teorías políticas en la Universidad, no se si para bien o para mal. Eramos jóvenes, y vivíamos estudiando y divirtiéndonos”.

Como que la rebeldía y el revolucionarismo son dos matas que crecen juntas, sobre el mismo suelo de una sociedad simultáneamente empobrecida y corrupta; pero *son dos matas distintas*; dos soluciones diferentes e incluso divergentes para un mismo problema; ya que *el rebelde* puro y simple *nunca será revolucionario* ni el revolucionario auténtico transigirá volviéndose rebelde, so pena de perderse; puesto que el espíritu revolucionario (como el deportivo o el artístico) requiere de un ascetismo sin el cual se está condenado al fracaso). Como que conservadores y reaccionarios buscan corromper al revolucionario, con drogas y con soborno (y así muchos “pedagogos” se convierten en auténticos “corruptores”) para ganar subrepticamente una guerra en la que no podrían triunfar a campo abierto y a cara descubierta.

Los tiempos cambiaban. Entre 1840 y 1850 —no en Inglaterra, no en

Rusia, dos polos de un continuo europeo que supuestamente iría del extremo democratismo al extremo autoritarismo— se inscribió el “Año admirable” de 1848, y las revoluciones intelectuales y sus fracasos fueron de esos años; pero también lo fue su siembra de inquietudes, y si bien ni esos intelectuales europeos ni esos aristócratas sentimentales rusos (a la manera de Tolstoi) habrían de provocar los cambios, sí habrían de ser los que, a su manera, producirían el malestar, el clima en el que, en un momento dado, florecería la revolución.

6. *Autenticidad y simulación*

M. E. Saltikov-Schedrin nos muestra, en “Una visita de inspección”, la forma en que aun los mejores esfuerzos de la administración zarista se degradaban al través de una inspección (o vigilancia y dominio) ineficaz, así como a causa de la enorme capacidad de los cuadros medios de la misma para la simulación. La enseñanza para México tal vez no esté muy lejos de una auténtica observancia de la ley de responsabilidad de los funcionarios públicos sin la cual cualquier gobernante lo único que hace —en el mejor de los casos— es engañarse a sí mismo.

Un consejero es nombrado con el pretexto de examinar las obras de beneficencia de una pequeña población de tiempos del zarismo; pero todos saben, que, en el fondo, su visita tendrá por objeto rendir un informe sobre el comportamiento de los funcionarios. Es honrado, pero susceptible a la lisonja y a la buena vida. En el lugar de inspección se recibe una llamada previa de atención sobre su próxima visita, sobre la intención real de la misma, y al momento, los interesados ponen el escenario (en el país de las aldeas-Potemkin) y se aprestan a desempeñar su papel.

Liéskov no sólo dirá en “El obsesionado” en un tono más serio que Saltikov-Schedrin en “Una visita de inspección”; pero ambos coincidirán en el fondo. Según Liéskov,

“Antes, cuando el gobernador visitaba la provincia, entraban en actividad jefes, autoridades inferiores, el populacho y aún los cuadrúpedos. Las ciudades se pintaban con cal, hollín y ocre... en los hospitales se multiplicaban las ‘altas por curación’; de las aldeas echaban a hombres y mujeres a las carreteras a tapar baches y reparar puentes”.

Y, aunque la visita de un inspector podía parecer menos importante que la de un gobernador, producía efectos análogos, pues conforme indica Saltikov-Schedrin:

“La ciudad se animó con una animación huera... en la garita del guardia, ya con cristales rotos, pusieron cristales y guardia. Al policía

le pidieron que durmiera menos y vigilara más. A los caballos de los bomberos los cebaron”.

Como la justicia dormía, su responsable “pidió cuatro expedientes... ¡Mañana mismo! ¡Hoy mismo! ¡A los tribunales! ¡Que se les procese!” O, como dice, en tono menos festivo o irónico Liéskov, “La más alta actividad se producía en los nidos-clave del dominio provincial, donde el trabajo comenzaba con anotaciones fatigosas en los registros y terminaba en el alegre fregado de los suelos”.

Esto da ocasión para ver cómo hasta la simulación tiene sus efectos sociales, no propuestos, en ámbitos aparentemente alejados de aquellos en los que se ejercita directamente, pues

Eso era como las orgías clásicas durante la cosecha de la uva. Escoltadas por unos pocos semi-inválidos, sacaban de las ergástulas a las mujeres delincuentes y las llevaban a lavar en lugares en donde sus escotes y mangas cortas estimulaban a los jóvenes empleados de guardia, con lo que meses después nacían en los penales los ‘hijos de los suelos’”.

En el caso de la visita de inspección narrada por Saltikov-Schedrin, la esposa de la autoridad máxima del lugar recordó el descuido en que tenía a los pobres y organizó una función benéfica de fines múltiples: el aparente y los ocultos (de desviar la mirada del inspector de otros objetivos, y de dar animación artificial a una población muerta”.

En la comida de gala, los intereses creados. Y como los jóvenes aún no suelen tenerlos, la invitación tan sólo a algunos de ellos... a “los que no infundían sospecha alguna” por el peligro de que apareciera alguno como los nihilistas que surgen tan dramáticamente en medio de una sociedad convencionalista en los relatos de Dostoievski.

Cuando el inspector muestra gran preocupación por la “moral del pueblo” (porque “si el pueblo no observa las normas de la moral ¿qué ocurrirá?”) se percibe que “observancia de la moral” equivale a “sumisión a quienes mandamos”; heteronomía y no autonomía de la voluntad. De acuerdo con ella, una concepción oscurantista de la educación. La máxima autoridad de la ciudad tiene sus motivos para esa concepción, pues cualquier otro tipo de educación propiciaría lo que él llama la “soplonería”.

El funcionario se muestra partidario de una “instrucción verdadera”. “¿La enseñanza primaria? ¡Oh, no, Dios nos libre! La enseñanza primaria es precisamente lo que contribuye a la propagación de la soplonería”. Y ¿qué es la soplonería fuera de su definición ideológica? La capacidad de cualquier individuo para denunciar a los malos funcionarios. “Com-

prendo. Usted quiere decir que si no hubiera gente que saben leer y escribir no habría nadie que se dedicase a redactar instancias y denuncias”.

Como ocurre con todo planteamiento ideológico, este también requiere una supuesta justificación que lo saque de su determinación por el interés particular de quien lo sustenta y lo lleve en apariencia, al ámbito de los intereses generales. Aquí, es preciso justificar el planteamiento reaccionario o retrógrado, ante el inspector —quizás cómplice tácito, pero ostensible amigo de la ilustración. Al fin y al cabo es él quien “encuentra que Inglaterra ha logrado últimamente progresos gigantescos en el campo industrial, y que, en Francia, al contrario, *l'ère des révolutions n'est pas close!* Naturalmente no está muy lejos el espíritu de “La Santa Alianza de los Emperadores” contra los revolucionarios. Y la justificación es como sigue:

“Querría recurrir a una imagen: recordar la inocencia del alma; la confianza, la expresión alegre y despreocupada de las fisonomías, y otros síntomas indudables de instrucción verdadera”.

La nostalgia por el paraíso perdido, la inocencia, el sentido de comunidad también presente en muchos movimientos de rebeldía actual, medularmente reaccionarios. Lo irrecobable, en fin, cuando la solidaridad orgánica ha sustituido ya a la mecánica, cuando el contrato ha desplazado al consenso; cuando con la libertad ha emergido la responsabilidad. Un espejismo que gobernantes y sacerdotes suelen encender a los ojos de los ingenuos: “Para qué echáis sobre vuestras espaldas tales cargas; por qué no dejáis en nuestras manos esas tareas enojosas y os ocupáis de lo vuestro: de divertirnos y de regocijarnos?” Y hasta hay quienes promueven disturbios para irritar al pueblo y forzarlo a que, en una huida pánica de la libertad como la que describió Fromm, exija a gritos un tirano que maneje su conciencia (y hasta su hacienda, para algunos más valiosa que su conciencia). El inspector, medio cómplice, le completa y le interpreta: “sin duda, la maquinaria estatal se simplificaría... disminuiría el número de oficios...” el número de procesos.

En este ambiente de simulación, dentro de esta provinciana parodia de las cortes principescas, el uso de un idioma extranjero (en este caso, el francés) completa la apariencia de refinamientos y encubre la falta de hondura espiritual, la vaciedad anímica de los personajes.

Cuando el inspector notó “que el repertorio de diversiones comenzaba a agotarse, advirtió que era hora de emprender la marcha”. Pero... ¿qué inspector es éste? Si hubieran encargado la inspección a Pável Trofímich Peregorenski, no hubiera dejado títere con cabeza”.

Saltikov-Schedrin cierra su relato con una imagen que es casi alegórica

y casi profética de acontecimientos (futuros para él, pasados para nosotros) cuando dice:

“Aquella misma noche, envió Dios una nevada que, en menos de dos horas, borró hasta las huellas del trineo en que viajaba el inspector”.

En forma parecida, a la larga, en la historia, serán borradas siempre, las obras de la superficialidad y la simulación.

7. Empresarios en marco de explotación

El relato “Rompientes” de Dimitri Narkisovich Mamin-Sibiriak es una obra maestra en su género. En ella, la fantasía es mínima: el relato parece un informe de investigación sociográfica, y el espíritu creador sólo se manifiesta en el arreglo estético de todos sus elementos; de los factores y aspectos de la situación y de la dinámica de la misma.

El escenario físico, es “el Norte”. La región es la zona de influencia de Perm; más concretamente, lo es el Chusovaia y, en particular, Káménka, uno de sus últimos embarcaderos. La acción, en torno de las barcasas. Los personajes, los sirgadores, los capitanes de barcaza, pero, también, la compañía, y sus gerentes. Y una serie de comparsas: mujeres, niños, sacerdotes, que se mezclan, movidos por sus intereses y los de su grupo, en la gran aventura de los rompientes.

El embarcadero, donde se construían y cargaban las barcasas, sobre la esclusa por la que entraban en la corriente, de este lado; una aldea, del otro lado del río. Llena ésta de almacenes de hierro; invadida la orilla por más de cuatro mil sirgadores. Y de nuevo, un contraste cíclico: dos o tres semanas de actividad, después, la ruptura de la cubierta de hielo por el río; luego, la somnolencia de todo el año... El doctor Pablo González Casanova vio bien cuando se percató de que la sociología de un pueblo no puede hacerse si no se conocen los varios ciclos de actividad que en ella se entremezclan, cuando, como Director del Instituto de Investigaciones Sociales, publicó “Los Calendarios de México”...

Y a esa actividad del embarcadero de Káménka contribuían los del lugar y los de fuera. Los del lugar y los ucranianos de las fábricas vecinas, que en ciertos aspectos, se les parecían, pues para todos ellos, esas semanas eran de fiesta. Los otros llegaban de lejos y, o eran campesinos, o pertenecían a las poblaciones no eslavas sojuzgadas por el zarismo, y su presencia no era la de una fiesta sino la de una necesidad.

Los del lugar eran los mejores sirgadores; pero, también, los más afectados al jolgorio pues para ellos todo es ganancia; ganancia por partida

doble, puesto que también lo era para sus mujeres, que negociaban con los de afuera; que desde el verano guardaban el pan que habrían de venderles a los fuereños en la primavera siguiente.

Los de las fábricas eran ucranianos enviados a las fábricas de los Urales en tiempos de la servidumbre, que apenas si se distinguían de los nativos por su uso de unas cuantas palabras propias y por "la suave pronunciación meridional de algunas consonantes". Hombres que acudían por su pasión por el vodka, con sus caras ennegrecidas por los hornos, sus cuerpos flacos y macilentos, "y ciertos detalles de elegancia privativos del hombre de fábrica". Llegaban, con su andar de gallo de pelea "ahora que las fábricas cada vez necesitaban menos gente".

Pero, estaban también los otros: los auténticos pobres, y los miserables: los campesinos que no podían vivir de la tierra y los pobladores aborígenes.

Campeñinos llegados de las provincias de Vialka, Kazán y Ufa... empujados desde cientos de verstas a los trabajos de la sirga, por la necesidad más imperiosa. Caras avejentadas; andrajos, movimientos cansinos; miradas sombrías; todos con la misma idea: la tierra.

La tierra que, en cuanto se retardaba el deshielo y, por ello, el trabajo de la sirga, quedaba sin cultivar a mil verstas:

Hoy es 23 de abril... Sólo el mujik perezoso no sale a labrar después de San Jorge.

Por su lado, la compañía nunca pierde:

Tenemos implantada la caución solidaria: los admitimos por cuadrillas: si no se presenta, responden todos. A la hora de las cuentas, casi no queda nada; a veces, hasta nos quedan a deber algo.

Parte se lo llevaba el distrito, en pago de la contribución, y esos campesinos habían caminado más de mil verstas mientras sus caras las cortaba el viento. Uno de ellos explica, sin exagerar, su tragedia:

Soy el único trabajador de la familia, y si no siembro por salir tarde de aquí, todos tendremos que pedir limosna... Desde mi caas acá, necesito seis semanas: dos en el embarcadero; cuatro días para Perm y otro para volver: casi dos meses y medio. Y de diez rublos, siete se van en impuestos... El sirgador debe vivir esos tres meses con un rublo. Ropa y calzado se estropean en el camino... Se caminan mil verstas con el estómago vacío.

En el fondo del barril (¿a qué hablar académicamente de “pirámide social”?) los otros: los otros en el sentido más auténtico; con una alteridad casi total: distintos por el traje, por el rostro, por la lengua, por la miseria: los descendientes de las primitivas tribus de Siberia: “bashkiros de Ufa, permianes de Cherdvinsk, vogulos de Verjnotursk, zirianes de Vologda, tártaros de Kingur y Laushevo. Ojos negros y oblícuos, pelos lisos y duros, negros pómulos elevados. Permianes albinos, de rostro de pergamino, ojos grises y labios inmóviles”. Y la única palabra rusa que conocían era *nian* “pan”.

Sobre todo lo demás, el contraste económico y anímico pues: “la miseria y la pobreza del ruso eran riqueza en comparación con esas pobres gentes de la estepa y del bosque a los que casi es imposible el acceso”, esas regiones de refugio de las colonias internas mexicanas de las que han hablado respectivamente Aguirre Beltrán y González Casanova, y “su muerte apatía, su más completo desamparo... y ni siquiera la conciencia de que hay que luchar para sobrevivir” pues, como reconoce Mamin-Sibiriak, “cada palmo de tierra en que vivimos está empapado de sangre de los aborígenes”. Como consecuencia, los bashkires, empujados por el hambre, no habían tenido reparo, en el embarcadero, en comerse una vaca hidrófoba que todos los demás despreciaban. Y, como consecuencia de su mala nutrición “bashkires y permianes no podían con los fardos, pues tienen menos fuerza que una mujer”.

En el otro extremo, la resistencia del representante de la compañía: toda una planta, piezas de techo alto; mobiliario lujoso impropio del lugar: “Los directores, en los Urales, viven como auténticos propietarios”. La “revolución de los gerentes” no es sólo de hoy, y cuando alguien trataba de explicar la antigua pobreza y la actual riqueza de alguien que tenía mansiones en Perm y Ekaterimburgo, decía: “Tenga presente que estuvo empleado en una compañía.”

Las oficinas también ocupaban un buen edificio, en el que el cajero, como un autómatas, metía la mano en una caja de hierro y extendía un billete de un rublo a cada sirgador. La vigilancia de los intereses superiores de la compañía, a cargo de tres cosacos, dispuestos a reprimir cualquier disturbio.

Pero, la prosperidad de los directores no sólo contrastaba con la pobreza de los sirgadores sino, también, con la mala situación de la empresa que, contra los vaticinios ponderativos de la historia, un año después liquidaba sus negocios, dejando a los accionistas del incipiente capitalismo ruso cinco kopecks por rublo invertido, a pesar de ser “hombres portavoces de los ideales industriales de nuestro gran siglo”; de que la “Neptuno” rendirá del quince al veinte por ciento”; de que “ni siquiera el

futuro ferrocarril podrá competir con el río”; de que “capitales privados que hoy no producen... producirán dividendos del veinte al treinta por ciento” y de que “todos saldrán ganando”.

Frente a tales engañosas, la realidad presenta la dura lucha contra el río, y sus consecuencias: los tullidos, víctimas de accidentes en los rompientes, que no reciben compensación alguna; que tienen que ser mantenidos por la familia hasta que le llega su turno de pedir limosna; andrajosos sirgadores que, junto a la orilla, parecen “basura removida por el agua”.

Sólo los patrones de barcaza que no habían sufrido accidentes presentaban mejor aspecto: caras inteligentes, trajes decentes de campesino, rostros de satisfacción. Aunque analfabetos, “resuelven en la práctica problemas de navegación que en teoría no conocen”, poseen memoria, rapidez de pensamiento, energía y carácter, adquiridos en la lucha con el río; transmitidos con el oficio, de padres a hijos, desde la niñez. Son ellos los que justifican la visión del pueblo como atesorador de rancias virtudes. Mamin-Sibiriak pondera también su tacto en el trato, y reconoce que en ninguna parte “el trato está sujeto a tantas normas de conducta como entre los campesinos”.

La justificación de la autoridad y de la jerarquía, en este medio, es clara: no es función de la santidad de quien ejerce la autoridad, sino de su capacidad. El jefe de barcaza puede emborracharse y hacer el ridículo en la taberna, que no por ello habrá quién le niegue obediencia en la barcaza, pues todos comprenden su valor en cuanto “no cansa a la gente sin motivo, y cuando manda algo, su palabra es ley”.

En el trabajo, la sal de las palabras gruesas, sin las que “resulta imposible la conversación entre campesinos” y el choteo con las mujeres del mundo alegre de Kaménka, que acompañan a los barqueros. Y, de otro lado, la imposibilidad de participación de los bashkiros en el regocijo, debido a la diferencia de lengua (y quizás, de visión del mundo).

El patrón que tenía que llevar su barcaza cargada de hierro o de cobre, a salvo sobre los rompientes, recibía “cifras míseras, si se considera lo que se gana en cualquier otro oficio, y que el mejor de ellos no navega más de dos veces al año”.

Más allá de Kumich, cuando las poblaciones no son ya ni mineras ni fabriles sino pertenecen a la zona de cultivo aparecen las isbas, la iglesia blanca en el centro, y de ellas surgen, unas veces, un joven que canta desde la orilla, o unas jóvenes que se desnudan a la vista de todos, y cuya misión es sólo la de hacer embarrancar la embarcación para que sus hombres obtengan trabajo ayudando a desatorarla.

Fuera de esa solución sólo está la del cabrestante, que los sirgadores

rehúyen; que está prohibida por la ley; que es aceptada bajo la promesa del vodka; que impone un trabajo de horas en el agua y que, cuando se revienta el armatoste, produce inválidos.

La llegada a Perm era aún más movida que la salida de Kamenka. También ahí, la llegada de los sirgadores establecía un pulso anual, y la convergencia de hasta diez mil de ellos, procedentes de todos los tributarios del Kama contribuía a contactos de etnias, culturas y lenguas. Dinero para vodka, a mares; céntimos para comer, apenas. Y la franquicia general, en el “Mercado Negro”, sucio, maloliente. Los gerentes de los embarcaderos, los peores, pues tenían más dinero para gastar así fuera ése el dinero del diablo ya que “lo que para el sirgador es trabajo, para ellos es beneficio... y cada barcaza sumergida o embarrancada les vale dinero, pues se necesita gente para sacarla, y ellos hinchon las notas de gastos”.

Mamin-Sibiriak sabe dar a su relato un marco más amplio, económico y social:

Es mucho el bosque que se ha talado junto a los embarcaderos. Cada temporada se construyen quinientas barcazas, y cada una se lleva trescientos árboles... el problema de la madera es el más acuciante entre todos los de los Urales.

Había diferencias —con todo— entre las formas de explotación, y él las señala, pues mientras muchos cotos particulares estaban a punto de convertirse en calveros, los del Estado eran pequeñas zonas a salvo, y “un triángulo no ha sido tocado por nuestra fatal civilización, defendido hasta hoy por montañas, bosques impenetrables y pantanos”, con lo cual se escucha como una voz de ultratumba que precavé en contra de la explotación desmesurada de los recursos agotables; que predica la administración prudente y la re-producción de los renovables; que condena la depredación humana que en la era industrial alcanza su clímax porque parecemos incapaces de imitar a la naturaleza convirtiéndola en ciclos retroalimentadores la extracción de elementos naturales, su uso como satisfactores, la recolección de los desperdicios y su *reintegración* reproductiva a la naturaleza para que ésta cree o re-cree productos que, a la corta o a la larga, reiniciarán los ciclos de la vida, en vez de propiciar la entropía mortal para la especie y quizás —incluso— destructora para nuestro planeta.

8. *Las sublimaciones*

Nikolai Semionovich Liéskov nos ofrece en “El obsesionado”, el contraste más perfecto con los simuladores de Saltikov-Schedrin. Su relato,

como el de otros contemporáneos suyos, tiene —al menos inicialmente— un sabor sociográfico. Sitúa cronológicamente la acción en el reinado de Catalina II en Soligalich, capital de provincia, y comienza con un recuento un poco del tipo del que acostumbra hacer Pedro Yescas Peralta en sus descripciones de comunidades oxaqueñas:

siete iglesias de albañilería, dos escuelas religiosas y otra más que no lo es, siete fábricas, treinta y siete tiendas, tres posadas, dos casas de bebidas y 3 675 habitantes; dos ferias anuales, mercado semanal, comercio de cal y alquitrán bastante activo, y donde se explotaban salinas.

Su héroe, el hijo de unos padres pobres, dueños de casa “que nada vale, pero proporciona techo”; de madre rusa, de ésas que, viudas, ante la desgracia, se crecen; que habría de saberle dar instrucción. Él casi un atleta, mañoso y trabajador, habría de aprender a escribir copiando plegarias para las viejas, y habría de ser caracterizado como “comedido, que jamás recurría a la ayuda ajena”.

La historia del individuo (Rhizov) se entrelaza con la de la sociedad rusa; con sus cambios; con sus creencias; con sus resistencias al cambio; con la piedad más que con el buen sentido de sus miembros pues “fue cuando se organizó el correo en Rusia y entre las ciudades vecinas lo aseguraban andarines que llevaban paquetes en una bolsa” cuando el misonismo se oponía a esa nueva práctica “quizás herética” y se preguntaba si los correos “no perderían su alma por un plato de lentejas”. Sin embargo, cuando el pobre Rhizov aceptó ser correo pedestre, dijo la gente “Dios no será tan severo con él: es huérfano de padre”.

Rhizov, correo, llevaba en sus caminatas, junto con la correspondencia, la Biblia, y la leía, la meditaba y hacía suya con lo que se convirtió en semimístico y decidió —inspirado por Isaías— hacerse él mismo fuerte “para avergonzar a los más fuertes”.

Cuando se introdujo el correo a caballo y el puesto de alguacil quedó vacante, Rhizov dejó su antiguo trabajo y ocupó el escalón más bajo de la administración.

Liéskov pasa revista a las jerarquías rusas de entonces: el corregidor era “la tercera figura del Estado” después del monarca y el gobernador, y la primera de toda ciudad pequeña pues el jefe de la policía rural sólo era “hombre de paso, que se reducía a medir las costillas a los aldeanos”. También él indica que de esa época a la suya hubo cambios; que se introdujeron instituciones que desprestigiaron no ya sólo al corregidor sino también al gobernador; que limitaron el antiguo absolutismo y que acabarían por destruirlo,

mas, las cosas se hallaban todavía en su ordenado concierto, cuando el pensador solitario meditaba y decidía cuál iba a ser su destino.

Como alguacil, Rhizov cumplió con su deber: recibió sus diez rublos de paga, y contra las expectativas que despertaba todo alguacil en la sociedad (de acuerdo con sus prácticas consuetudinarias aunque no legales) ni alargó la mano ni recibió dádivas pues “El zar gratifica, y tomar gratificación lo castiga Dios”. En el mercado en el que su madre vendía empanadas, no la colocó en un puesto preferente, y cuando murió la enterró pobremente... de la archipreste rechazó los regalos... y comenzó a provocar reacciones, porque en la corrupta sociedad zarista lo que debía ser la regla, era la excepción, y la cordura pasaba por extravagancia.

Rusia zarista: un país cristiano que se asombraba ante un hombre que practicaba a conciencia su cristianismo, por encima de la mera asistencia a ceremonias y la rutinaria y distraída observancia de los ritos.

Primero, las reacciones: la de la esposa del archipreste: “Es éste quien debiera encontrarse junto al altar y no vosotros: clero desvalijador”; la de las mujeres del pueblo que lo consideraron desamorado por no haber hecho a su madre entierro más suntuoso; la del gobernador que atribuyó eso a “una novedad masónica”.

Después, las presiones: “Confiésate”. Pero, cuando lo hizo, el mismo confesor hubo de reconocer que “todas fueron pequeñeces... el que no acepte regalos es sólo a consecuencia de una manía perniciosa... que se ha metido la Biblia en la cabeza y ha ido muy lejos... pues ha llegado hasta Cristo”... Aún “tenemos otros medios” como diría la niña de la caricatura reproducida por Gillin para ilustrar lo que es el “control social”. “Tenemos otros medios” para hacer callar... o para domesticar a los indóciles: “Cásate”. “Al casado, aunque haya leído la Biblia ‘hasta Cristo’, le es difícil conservar la honradez”. Pero aun esta argucia fallaría pues Rhizov supo escoger tal compañera que con ella, gastó menos que cuando era soltero.

El episodio culminante sobreviene con el cambio de gobernador, cuando asciende un nuevo que “tenía gran amor por Rusia y por el hombre ruso, si bien entendía tal amor señorialmente, como aristócrata que miraba tales cosas con ojos de extranjero y lo valoraba con criterio occidental”, por donde se insinúa la dualidad San Petersburgo-Moscú, occidentalismo-eslavismo, en la música, en las ideologías, en todo.

La “limpia” de la provincia destituye al corregidor y transforma a Rhizov en corregidor interino, primera figura de la ciudad cuando el gobernador la visita. El gesto estupendo en que el sustituto de corregidor obliga al gobernador a inclinar la orgullosa cabeza ante el altar, abre la posi-

bilidad a explicaciones que permiten descubrir algunas de las raíces más profundas de la gran transformación social rusa del siglo xx; raíces que se reflejan en el relato, raíces que se hunden en el relator que, de esta forma, conscientemente o no, producía el fermento de las cosas nuevas.

Recibo diez rublos. No sé si es mucho o es poco. . . —Es poco. —Pues comunique al soberano que para un esclavo astuto es poco; para uno leal, es suficiente. —Son pocos recursos. —Si el freno es potente, se puede vivir.

Y su ideología —de raíz cristiana— se despliega sencillamente en la conversación.

La tala de los bosques y su impuesto: desde hoy el frío de las cabañas pobres será más intenso. —Pero, los bosques son una propiedad. —Sí, pero calentar el aire de una vivienda es una necesidad. —¿Es usted enemigo de la propiedad? —No, sólo soy partidario de que todo mundo tenga casa caliente cuando hace frío: no hay que dar leña a quien no la necesita para estar caliente.

Tributos sí los quería “para los objetos de lujo; para que el rico pague al tesoro por el pobre” y si bien admitía una autoridad que seguía considerando legítima: la del soberano, critica el abuso de autoridad de quienes son “holgazanes, codiciosos y falsos ante el trono”.

Cuando se le preguntaba por la fuente de sus ideas decía: “Saco todo de las Escrituras; no de ‘fuentes de los nuevos tiempos’ que son impuras y llenas de sofismas”. Y cuando el aristócrata le dijo: “Seguiré su consejo: leeré la Biblia”, Rhizov, siguiendo a su Maestro (que pedía al joven anhelosos de perfección que abandonara sus riquezas y lo siguiera) le repuso: “No basta: aprenda usted a vivir con diez rublos”.

Esta será, en última instancia, la prueba de fuego. Ahí está la distancia entre palabras y hechos; entre los discursos del intelectual de clase media que se duele en sus discursos de la condición del proletario, cómodamente instalado en su posición de clases, y el proletario a quien le incomoda y duele su propia situación. Es indudable que el primero, identificado endopáticamente con el segundo puede crear el clima favorable para las transformaciones y —en casos excepcionales— superar sus condicionamientos objetivos, reivindicando su dignidad humana por encima de los intereses de su clase y vinculándose a empresas de mayor dimensión humana; pero, esas son sólo las excepciones que confirman la regla; las subrayantes de que la clase tiene una dimensión objetiva predominante que no excluye la subjetiva sino que se complementa con ella; pero, que, simultáneamente, no puede ser sustituida o desplazada por ésta.

El deseo de sobresalir, de distinguirse, de mostrar la propia superioridad moral, patente en “Un disparo”, de Pushkin, aparece también, con perfiles más acentuados, en “El padre Sergio” de Tolstoi y, curiosamente, también tiene que ver con un oficial zarista.

El relato, la situación del héroe en la sociedad de la época de Nicolás I da oportunidad a Tolstoi para mostrar la composición de la “alta sociedad”, formada: 1) por cortesanos ricos; 2) por gente no rica, pero nacida y educada en medios cortesanos, 3) de gente rica que imita a la cortesana y 4) de gente ni rica ni cortesana”. El protagonista era de familia aristocrática, pero no de los primeros círculos, en los que “aunque extraño, no se le negaba la entrada”.

Joven, le destinaron al regimiento aristocrático de la Guardia, visitado por el Zar que despertó en él una gran exaltación devota, por quien estaba dispuesto a dar la vida, y cuyo ayudante se le destinaba a ser.

Cuando, decidido a casarse, cortejó primero sin éxito y después con él a una joven aristócrata, ya en vísperas de su matrimonio descubrió que su prometida había tenido relaciones con otro hombre, y que ése era el zar, lo cual explicaba su pronta aceptación tras el frío rechazo.

Tolstoi recuerda la existencia de una doble norma de moralidad sexual para el hombre y para la mujer:

a mediados del siglo, los hombres admitían como bueno para sí el relajamiento de las relaciones sexuales, sin que sintieran por ello el mayor remordimiento; pero exigían de la esposa una pureza absoluta... celestial.

El mismo reconoce que “mucho había de perjudicial y falso en esto”; pero, también, que “en la mujer la idea predominante resultaba beneficiosa: al verse tratadas como ángeles, se esforzaban por serlo”.

La reacción del oficial asombró a todos: solicitó ser relevado de sus funciones, rompió su compromiso, cedió sus bienes a su hermana y se retiró a un monasterio. Producto de su soberbia original, “se hacía monje para llegar a mayores alturas que quienes pretendían demostrarle que estaban más encumbrados que él”.

Esta es, quizá la parte que interese al sociólogo. Al estudioso de la “Moral”, en el sentido en que la concebía Comte (como coronación de la jerarquía de las ciencias y estudio de la personalidad), tal vez le interesara la evolución ulterior que (Dios sigue los caminos más ocultos) le llevaría a la santidad. Confrontado con la vida de una pobre mujer atrapada por los cuidados cotidianos de los suyos, el padre Sergio se confiesa:

Ahora veo claramente: Pashanka es precisamente lo que yo tenía que

ser y no he sido. Yo vivía para los hombres con el pretexto de vivir para Dios... Ella vive para Dios, imaginándose que vive para los hombres.

De nuevo, el problema de la inautenticidad de lo social, y para los de la hora actual, la reflexión de que somos muchos los que nos decimos cristianos y defendemos a Cristo (¡Como si Dios necesitara que le defendieran!) sin percatarnos de que lo hacemos por motivos ideológicos, egoístas... mientras no nos atrevemos a pensar que muchos que se proclaman a sí mismos ateos (y mantienen incluso un Museo del ateísmo en una de sus más espléndidas ciudades) se realizan sin saberlo como auténticos cristianos al servicio de sus hermanos. Como que “No me ama el que dice ¡Señor, Señor! sino quien hace la voluntad de mi Padre”.

9. *El rumanismo imposible*

Dejaremos estas estampas de la sociedad zarista, recogidas de la cuentística rusa de la época, con una que ya anuncia las transformaciones sociales profundas que experimentaría Rusia a principios de este siglo, a pesar del sello romántico de las situaciones que refleja, y de su fracaso. La estampa nos la proporciona Fiodor Mijailovich Dostoievski en “Un percance desagradable”.

El enmarcamiento de la anécdota muestra a las claras cuál era la coyuntura:

Se iniciaba con fuerza irresistible y con un impulso de enternecedora candidez el renacimiento de nuestra entrañable patria, cuando sus nobles hijos sintieron el corazón henchido de nuevos afanes y esperanzas.

El personaje: uno entre varios funcionarios de la administración zarista: adulto ya; pero, joven en relación con los otros —viejos— ante quienes expone sus ideas en una velada. Su retrato temperamental y caracterológico era el siguiente:

General de nuevo cuño; joven, de 43 años. Soñaba con una novia rica y de alta sociedad. Procedía de buena casa. A veces reconocía que no volaba tan alto como había soñado... Decía que todavía estaba a tiempo de triunfar no sólo como dignatario sino como estadista del que por mucho tiempo se acordaría Rusia. Era bueno y hasta algo poeta; pero se volvía irritable.

Dostoievsky indica que a un personaje como éste, “la Rusia en proceso de renovación, le dio grandes esperanzas”. De ahí su oratoria, su exal-

tación liberal, su humanitarismo: “Hay que ser humano con los subordinados, y no olvidar que también son personas”. En una discusión con los otros, cuando se le pregunta si los sentimientos humanitarios son equivalentes del cristiano amor al prójimo, acepta que, en último caso, es eso, a lo cual, uno de los viejos, más conservadores, pero también más realistas (pues se percatan mejor de los cambios que se anuncian y de sus consecuencias para las situaciones establecidas) dice:

Según se me alcanza, la cuestión no se limita a eso... La reforma va más allá. Se han puesto sobre el tapete muchos problemas: del campo, judiciales, económicos; de los otorgamientos [o concesiones], morales...

El mismo reconoce que la mayor dificultad estriba no en cada uno de esos problemas en particular, sino en que, conjuntados, son más que problemas, en plural; que —de acuerdo con terminología de hoy— constituyen un colectivo: una problemática. En efecto, como dice este personero de la sociedad zarista ya constituida.

Planteados todos, a la vez, pueden dar lugar a grandes conmociones. Esto es lo que tememos; no los sentimientos humanitarios.

El humanitarista, por su parte, pedía: “sentido humano del funcionario al escribiente; del escribiente al siervo doméstico; de este al mujik”, en cuanto éste podía constituir “la piedra sillar de la reforma y la renovación general”. La historia, tanto como su propia existencia, le desmentirían: era necesaria una nueva estructura socioeconómica para que la manifestación de ese tipo de sentimientos humanitarios fuera posible. No bastaba con tratar como iguales a los que la sociedad había hecho diferentes, para que éstos fueran iguales. Cuando se produjo el desagradable percance objeto del relato, el joven general recoge la lección de su amarga experiencia.

Su cochero le ha abandonado, dejándole sin coche en medio de un barrio desconocido para él. Se irrita primero; pero, para ser fiel discípulo de su propia prédica, decide caminar por esa barriada pobre. Súbitamente descubre que la casa en que se celebra una boda es la de un subordinado suyo y decide hacer gala de su igualitarismo, mezclándose con los asistentes. La raíz del mal quizás esté en sus motivaciones:

Sentido de lo humano... y este hombre me entiende con cuatro palabras, y queda mío, como prendido en unas redes, y hago con él lo que quiero... por su propio bien, se entiende.

Al fin y al cabo, la misma vieja historia: imponer *mi* voluntad, *mi* sentido del bien a los demás; por buenos medios, si se puede; si no, por malos. Por su bien, si el suyo coincide con el mío; para su mal, si no coinciden. Nunca un auténtico permitir y propiciar que cada quien se desarrolle conforme a su propia naturaleza; en la libertad (concebida a la manera agustiniana).

Con esos motivos y esa superficialidad (la de quien se brinda en espectáculo: “Abrió su lujoso abrigo... para que el guardia pudiera distinguir la importante orden que llevaba al cuello”) no es extraño que recoja el fracaso.

Primero, asombro de los asistentes; después, inhibición; más tarde, desinhibición; finalmente, igualación, falta de respeto, burla para alguien a quien ellos ven como alguien que no se respeta a sí mismo... “Las cosas —dice Dostoievski— fueron sucediéndose con lógica concatenación” y, en medio de ese proceso desastroso en el que el general hace fracasar la boda, se pone en ridículo, y mete en gastos y problemas a su subordinado, sólo el auténtico humanitarismo espontáneo y oscuro de la vieja madre del novio, que no ve en el general al dignatario; que no mira en él a quien perjudicó a su hijo, que sólo alcanza a considerarlo como un hombre que sufre: que le cuida durante la noche, alivia los efectos de su borrachera y, a la mañana siguiente, compasiva, sin rencor, le recuerda: “Lávese, padrecito, ... sin lavarse, no es posible”.

Al fin de cuentas, la actitud subjetiva es débil trepadora que cae por tierra si no se apoya en un tronco fuerte de estructuras objetivas. A menos que se sea un gigante moral, capaz de rebasar los condicionamientos de clase, de nacionalidad, de iglesia, etcétera, se acaba por converger con los miembros de la propia clase, de la propia nación, de la propia iglesia en perjuicio de los planteamientos más amplios, de sentido humano. El joven general, bien —pero sólo superficialmente bien— intencionado, acaba por coincidir con sus compañeros más viejos:

No hay otro camino: severidad, únicamente severidad, y severidad.

Incapaz de reconocerse a sí mismo culpable del fracaso; incapaz de descubrir las causas del mismo, se reúne con sus mayores, que proclamaban “No resistiremos”, cuando reconoce, también, “No he resistido”.

Y no resistieron. Las estructuras existentes —en un inútil esfuerzo por mantenerse— determinaron una represión cada vez mayor, y ésta hizo sentir como cada vez más necesaria la liberación. Y la marea fue subiendo: los nihilistas, los decembristas, la revolución menchevique, la bolchevique y, finalmente, el pueblo barrió con el absolutismo, y el marxismo-leninismo se pudo plantear como objetivo consecuente con la trans-

formación de las condiciones objetivas (relaciones de producción), la modificación de las actitudes subjetivas: la conducta de unos frente a los otros; la aparición de otro tipo de relaciones interhumanas; el posible surgimiento de un hombre nuevo: el hombre soviético.